

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

LEOPOLDO ALAS, CLARIN, Y SU OBRA

TESIS

*que presenta para obtener el grado de
Maestra en Letras, Especializada en Len-
gua y Literatura Española, la alumna*
LUZ MARIA DE LA TORRE CALLEJO



MEXICO, D. F.
1965



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

TESIS CON FALLA DE ORIGEN

*A la memoria de mi
ejemplar padre.*

*Con inmensa gratitud
a mi madre*

*A mis maestros, en especial al Dr. Francisco
Monterde, con todo respeto y admiración.*

La regenta



Índice

	<i>Pág.</i>
I. <i>Prólogo</i>	9
II. <i>Semblanza Biográfica</i>	
Introducción	11
Infancia	12
Juventud	14
Nace Clarín	20
Clarín Provinciano	23
Clarín Universitario	24
Clarín Escritor Consagrado y Temido	28
III. <i>El Crítico</i>	31
IV. <i>El Cuentista</i>	37
V. <i>El Novelista</i>	47
Polémica que suscitó esta novela	49
La Infidelidad de Ana	58
Vetusta	64
La Moralidad Vetustense	74
Reflejo de la Personalidad de Clarín en la Regenta	80
VI. <i>Conclusiones</i>	83
<i>Bibliografía</i>	91
Obras Consultadas	97

PROLOGO

El hecho de haber escogido la obra de Leopoldo Alas, Clarín, como tema de mi tesis, obedece a varias razones. En primer lugar la gran admiración que siento hacia este escritor y además, el deseo de comunicar dicho interés a las personas que lleguen a leer este trabajo. Quizá parezca a primera vista que el número de elogios es desmedido; pero éstos corresponden a la gran cantidad de aciertos logrados por este autor, y el hecho de querer destacarlos en cierta forma contrarresta los juicios adversos injustamente emitidos contra él por diferencias ideológicas.

No es posible, por la magnitud de la obra de Clarín, hacer un estudio exhaustivo, pero sí presentar lo más significativo de él como crítico, cuentista y novelista. Su vida también será objeto de comentario, pues es de gran interés conocerla ya que hay una estrecha relación entre ella y su obra.

Al intentar este análisis, deseo contribuir a una revalorización de la obra de Clarín y me sentiría satisfecha si así sucediera. Desgraciadamente no es posible conocer todos sus artículos, pues no se ha reimpresso su obra completa desde finales del siglo pasado.

El único mérito que tiene este trabajo, si alguno tiene, es que está hecho con todo cariño y dedicación.

Quiero hacer patente mi reconocimiento a todas aquellas personas que me proporcionaron material, estímulo y orientación para la realización de este modesto trabajo, especialmente a los maestros Susana Francis de Sotres y Eduardo Mac Grégor.

Así mismo expreso mi gratitud a los maestros de la Facultad de Filosofía y Letras que, con su ejemplo, lograron despertar en mí el deseo de superación.

I

SEMBLANZA BIOGRAFICA

INTRODUCCION

Fue Leopoldo Alas uno de los personajes más famosos en los círculos literarios españoles del último tercio del siglo XIX. Esta fama se debió principalmente al indiscutible interés que despertaban sus variadas producciones: sátiras ligeras, críticas literarias de las obras de sus contemporáneos, polémicas, obras dramáticas, cuentos y novelas.

Vivió L. Alas en una época en que se daba mucha importancia a la crítica literaria. La mayoría de los escritores dedicaban buena parte de su tiempo al estudio y examen de obras ajenas. Disertar, opinar sobre creaciones recientes, era de buen tono.

La obra de este autor ha sido discutidísima. Ha habido sobre ella opiniones muy elogiosas, como por ejemplo la de Pérez Galdós "salgo de mis alabanzas, gozoso de dárselas a un autor y a una obra que siempre fueron de los más señalados de mis preferencias" (1). A su vez, Azorín afirma: "Es de esos escritores a los cuales vuelve la atención de los doctos como una mansa oleada de amor, para formar al rededor de su figura un renombre definitivo, perdurable" (2).

No se puede negar el valor de esas afirmaciones, en boca de autoridades como Pérez Galdós y Azorín, ni las de escritores contemporáneos como Juan M. Lope que dice: "Clarín, fue uno de los españoles de más recio y noble pen-

(1) PEREZ GALDOS, BENITO. Prólogo a *La Regenta*. Biblioteca Emecé de Obras Universales. Buenos Aires, 1901.

(2) AZORIN. *Clásicos y modernos*. Editorial Lozada, S. A. Buenos Aires, 1939.

samiento del siglo pasado" (3). Y la del Dr. Julio Torri: "Fue uno de los hombres más inteligentes y de los espíritus más abiertos de la España de su tiempo" (4).

En contra de esas aseveraciones se elevó la voz de Francisco Blanco García, agustino, el cual en *La Literatura del siglo XIX*, desahogó su antipatía, su desacuerdo y escribió entre otras cosas: "... no ha cesado de verter raudales de tinta y bilis sobre el papel, de alzar la voz en las publicaciones de bajo vuelo con motivo de cualquier acontecimiento literario, convirtiéndose a sí propio en juez inapelable, señor feudal de horca y cuchillo, baratero de puñal envenenado" y continuó con insultos y críticas demasiado severas. Respecto a sus paliques también dijo: "Las campañas de Clarín no han sido nunca verdadera crítica, sino de difamación calumniosa" (5). Este sacerdote agustino no encontró ningún merito en la obra de nuestro autor, hecho increíble y que comprueba que se dejó llevar por sus diferencias de carácter religioso.

Pero antes de aceptar una u otra opinión trataré de hacer un estudio de nuestro escritor, una breve exposición de los hechos más notables de su vida, aquellos que influyeron en la formación de su criterio, personalidad y preferencia por determinado género literario. Estos acontecimientos, así como los sucesos históricos de su época determinaron indudablemente el carácter de su extensa producción literaria. El mismo expresó lo siguiente: "el artista aún el más épico, siempre saca mucho de sí, se copia, se recuerda" (6).

INFANCIA

"Nuestro mayor crítico del siglo XIX, el gran Leopoldo Alas" (7) (así lo llama González Blanco), nació en Casti-

(3) LOPE, JUAN M. Introducción a *La Regenta* — Nuestros Clásicos — México, 1960 No. 19 p. x.

(4) TORRI, JULIO. *La literatura española*, Fondo de Cultura Económica — México, 1952. p. 349.

(5) BLANCO, FRANCISCO GARCIA. *La literatura española en el Siglo XIX*. Sáenz de Jubera Hermanos, editores, Madrid, 1891.

(6) ALAS, LEOPOLDO. *Galdós*. Editorial Renacimiento, Madrid, 1912 p. 16.

(7) AZORIN, *Valores literarios* — Editorial Lozada, S. A. Buenos Aires. (Los Contemporáneos).

lla, el 25 de abril de 1852, El se sentía asturiano; y al hablar de su origen decía "... me nacieron en Zamora" (8).

Sus padres don Genaro García Alas y doña Leocadia Ureña, vivían en Oviedo; pero por orden del jefe político Posada Herrera, tuvieron que ir a Zamora (Castilla) donde don Genaro desempeñó un puesto en el Gobierno Civil. Anteriormente había tenido varios cargos en las provincias de España, entre ellos el de gobernador.

No duró mucho tiempo en Zamora, sino que fue a Vizcaya y Teruel y después a León donde también sería gobernador.

Fue en esta última ciudad donde Leopoldo Alas pasó los seis primeros años de su vida, y ahí según cuenta Juan A. Cabezas (9) tuvo un "educador", un tal Pascual, antiguo campesino a quien el gobernador nombró portero. Como no tenía familia, dio su cariño al niño, al que llevó a la portería y ahí le enseñó las primeras letras. Le narraba además leyendas, cuentos y aventuras con grandes sucesos imaginarios.

La compañía del improvisado maestro, no sólo sirvió al pequeño de diversión, sino que poco a poco despertó su imaginación. Al recordarlo años después diría: "Mi buen Pascual contaba inesperados sucesos, tan extraños a la realidad como lo era, por entonces, la idea que yo me formaba del mundo" (10).

L. Alas, ya mayor, dejó esta elemental escuela para hacer sus estudios con los jesuitas, en el edificio de San Marcos. Fue una etapa de mucha importancia en su vida, pues tuvo buenos ejemplos y escuchó sanos y cristianos consejos con los que cimentó una firme moral: hábitos de rectitud, orden y amor al estudio.

Los hijos de L. Alas aún conservan una banda de raso azul, ganada por él en un concurso de historia sagrada, en el cual logró vencer gracias a sus conocimientos y gran imaginación. Quizá al escribir su novela *La Regenta*, recordó

(8) CABEZAS, Juan A, *El provinciano universal* Espasa Calpe S. A. Madrid. 1936 p. 19.

(9) *Ibidem.*, p. 22

(10) *Ibidem.* p. 23

la forma como él interpretaba los acontecimientos que le relataban: "Para Ana, la protagonista" . . . la historia sagrada fue el maná de su fantasía, y en las tiendas de los israelitas, que ella bordó con franjas de colores, acamparon ejércitos de bravos marineros de Loreto, de pierna desnuda, musculosa y velluda, de gorro catalán, de rostro curtido, triste y bondadoso, barba espesa y rizada y ojos negros" (11).

Al cumplir Leopoldo Alas los siete años conoció Oviedo, a partir de entonces se encariñó con la nueva tierra hasta sentirse asturiano y vivió feliz" . . . en comarcas del Norte, entre tanta y tan alegre frondosidad; en aquellos valles pequeños y deliciosos, que parecen estuches forrados de verdura, donde se ve poco cielo y en la tierra tantas cosas hermosas. . ." (12).

A los once años, ingresó en la Universidad de Oviedo, para hacer sus estudios preparatorios. En el libro de matrículas de 1863 se encontraba escrito su nombre entre los alumnos que cursaron las cátedras de Latín, Aritmética y Doctrina Cristiana. (13).

Ahí pronto tuvo buenos amigos, algunos de los cuales después de unos años serían también conocidos como escritores: Pío Rubín, Tomás Tuero, Armando Palacio Valdés, fueron sus preferidos. La amistad con ellos no terminó sino con la muerte.

JUVENTUD

En casi todo el Siglo XIX faltó la paz en España: primero la guerra de Independencia, más tarde las guerras carlistas entre el pretendiente Carlos hermano de Fernando VII, e Isabel hija de éste; y al terminar el siglo, la guerra con Estados Unidos. Además la pérdida de muchas colonias del nuevo mundo: Chile, Colombia, Perú, México, Cuba y Puerto Rico.

(11) ALAS LEOPOLDO, *La Regenta*, Nuestros Clásicos. No. 19. México, 1960 p. 78

(12) ALAS, LEOPOLDO, *Galdós*. ed. cit., p. 66

(13) Este documento y otros que sirvieron para formar su biografía fueron destruidos por el fuego, en el incendio de la Universidad en 1934.

Así que Alas empezó a vivir durante las turbulencias de la primera guerra carlista y presenció desde su adolescencia las luchas que sostenían los interesados en conseguir el poder.

En septiembre de 1868 aumentaron las inquietudes. Hubo levantamientos en Cádiz, Córdoba y en el resto de la península. La reina Isabel II y un grupo de españoles prefirieron huir y refugiarse en lugares más seguros. Por todas las provincias se oía el grito: ¡Mueran los Borbones!

Las escuelas fueron cerradas. En Oviedo, el último año de bachillerato, lo pasó Leopoldo entre gran desorden. Los estudiantes escudándose en la anarquía reinante, aprovechaban todas las ocasiones para manifestar su descontento, desahogar sus sentimientos, y más aún, para divertirse. La política les interesaba y era el tema preferido por todos, con gran pasión opinaban sobre derechos, libertad, revolución.

A los 17 años terminó brillantemente sus estudios de bachiller, después de cursar Historia Natural, Fisiología y Etica; así lo decía el expediente de la Universidad de Oviedo: "El día 8 de mayo de 1869 recibió grado de bachiller en artes, con la calificación de sobresaliente, L. Alas Ureña. Recogió el Título" (14).

En el año de 1869 se inscribió en la Universidad de Oviedo en la Facultad de Derecho; pero en el mes de octubre el ministro de Fomento, Manuel Ruiz Zorrilla, en nombre del gobierno provisional, decretó la enseñanza libre; "La enseñanza es libre en todos sus grados y cualquiera que sea su clase". Leopoldo aprovechó esta orden y en dos años terminó su carrera. La nueva disposición se debió a la iniciativa de Sáenz del Río que había observado la autonomía de las universidades alemanas, misma que pedía para las españolas. Opinaba: "... esa libertad es el fundamento de la vida y prosperidad en que se halla en Alemania, esta institución" (15).

Obtuvo su grado de licenciado en Derecho Civil y

(14) CABEZAS, J. A. *op. cit.*, p. 47

(15) Cartas Inéditas, en *Revista Europea*, 1874.

Económico en junio de 1871, y como también se habían suprimido las calificaciones, le dieron solamente un "aprobado",

Ese mismo año después de obtener su título, siguió cursando las materias que creía necesarias para su perfeccionamiento, y al mismo tiempo se inició en el periodismo, actividad por la cual había mostrado gran inclinación desde los primeros años de su juventud. Sus proyectos eran muy grandes, quería ser el director de un periódico; pero como andaba escaso de recursos económicos entonces al mismo tiempo que hacía las veces de director, escribía y distribuía.

Sus artículos no se imprimieron sino que eran manuscritos que daba a conocer a sus amigos y antiguos discípulos; notas críticas de gran humorismo, comentarios de actualidad sobre la vida social, cultural y política de Oviedo. Su título fue *Juan Ruiz*.

Seguramente que al hacer sus primeros comentarios y censuras, no se imaginaba que se convertiría en un gran crítico, de quien Azorín opinaría más tarde: "Dos grandes críticos de cosas modernas ha habido en España en el siglo XIX: Juan Valera y Leopoldo Alas" (16).

Después de obtener su título de abogado, decidió ir a la capital. Es fácil imaginar lo que este viaje podía significar para un joven inteligente y estudioso como L. Alas. El mismo al recordar este acontecimiento, escribía: "Era allá por los años de 1871 a 72 (estilo de matrícula). Yo me había hecho abogado en un periquete aprovechando lo que entonces llamábamos *libertad de enseñanza* en mi pueblo, para correr a Madrid a estudiar lo que se denomina *filosofía y letras*. ¡Hermosa juventud! Sabía yo de las tristezas nebulosas de la *penserosa* adolescencia, que ve más y presiente mejor que la juventud; entraba en esa edad de *renacimiento*, confiada, llena de esperanzas, entusiasta; y ponía gran parte de mis amores en las letras, según esperaba que me las enseñasen en Madrid las *lumbreras* que yo tanto admiraba desde lejos" (17).

—

(16) AZORIN. *El paisaje de España, visto por los españoles*. Espasa Calpe. Argentina, S. A.

(17) ALAS, LEOPOLDO. *Camus*, en *Páginas escogidas*. Casa Editorial Calleja Madrid, 1917 p. 75

En efecto, L. Alas fue alumno de insignes maestros; entre los que recordaba con más frecuencia están: Ramón de Campoamor, Emilio Castelar, Francisco Giner de los Ríos, Juan Valera, Federico Balart, Alfredo Adolfo Camus, Nicolás Salmerón y Canalejas. Para casi todos tuvo expresiones de cariño, y él mismo se reconocía la cualidad de quererlos y admirarlos. Al recordar a Canalejas decía: "mi querido e inolvidable maestro de literatura" (18).

También hizo patente su admiración por Salmerón y Giner: "Siempre recuerdo con agradecimiento y dulzura de espíritu la suavidad con que D. Nicolás Salmerón tocaba a nuestras conciencias de adolescentes cristianos en su cátedra; suavidad y delicadeza sólo superados por el tacto exquisito y espíritu evangélico de D. Francisco Giner, mi constante maestro" (19).

"En el primer año me esperaban Canalejas y Camus. Canalejas representaba a mis ojos, toda aquella filosofía de la belleza que yo me figuraba como un dilatadísimo espacio lleno de resplandores", y agregaba: "Camus representaba las letras clásicas y llegué a su cátedra como un creyente a la Meca" (20).

Con Nicolás Salmerón estudió metafísica krausista, doctrina que alcanzó gran éxito en la segunda mitad del siglo pasado, por la gran inquietud existente entre la juventud insatisfecha, deseosa de una nueva orientación filosófica, tan escasa en esos años.

El krausismo tuvo una significación considerable en la vida intelectual española, ya que como simpatizadores de esa corriente estuvieron hombres representativos de las diversas actividades intelectuales, que cambiaron por completo el ambiente ideológico y cultural de su época.

Leopoldo como muchos de sus compañeros se unió a

(18) ALAS, LEOPOLDO. *Aguas fuertes en Nueva campaña*. Librería de Fernando Fe., Madrid, 1887p. 187

(19) ALAS, LEOPOLDO. *Los pazos de Ulloa*, en *Nueva campaña* ed. cit., p. 228

(20) ALAS, LEOPOLDO. *Camus en Obras selectas*. Biblioteca Nueva. Madrid, 1947. p. 1119

- los principales krausistas españoles, (21) aunque no aceptó totalmente esas ideas. El conservó en el fondo de su corazón otras creencias, y tuvo un estado de desasosiego y lucha consigo mismo, al darse cuenta que su fe se iba enfriando cada día más.

En el cuento *Cambio de luz*, L. Alas explicó de una manera bastante clara lo que sintió en esa época. Decía acerca del protagonista, Jorge Arial: "Sus estudios filosóficos, sus meditaciones y experimentos y observaciones de fisiología... habían desenvuelto en él, de modo excesivo, el espíritu de análisis empírico; aquel enamoramiento de la belleza plástica, aparente, visible y palpable, le habían llevado, sin sentirlo, a cierto materialismo intelectual, contra el que tenía que vivir prevenido. Su corazón necesitaba fe, y la clase de filosofía y de ciencia que había profundizado le llevaba al dogma de ver y creer". (22).

Luchó primero con el krausismo; mas luego adoptó una posición ecléctica, y estudió cada una de las nuevas doctrinas, tomando de ellas lo que estaba de acuerdo con su modo de pensar. (Años después, no sólo ya no aceptó el krausismo, sino se burló de sus seguidores en los cuentos *Dr. Pértinax* (1881), *La mosca sabia* (1881), y *Zurita* (1900), en los que hizo graciosas críticas en la persona de los tres filósofos, que presentó como protagonistas).

Antes de llegar a este equilibrio, Leopoldo Alas tuvo una época de grandes inquietudes y desasosiegos, unidos a la tristeza que le producía su soledad en Madrid y la falta de sus seres queridos. Para consolarse recurría a la poesía y asistía con cierta frecuencia al teatro y al templo: "De mí sé decir que por aquel tiempo de la primera salida en busca de aventuras literarias y filosóficas, en aquel Madrid que me parecía tan grande y tan enemigo en su indiferencia para mis sueños y mis ternuras y mis creencias, sólo en el teatro y en el templo encontraba algo parecido al calor del hogar. Me consolaba dulcemente entrar en la iglesia, oír misa ni más ni menos que en mi tierra, y ver una multitud que re-

(21) Giner de los Ríos, Canalejas, Pi y Margall, Emilio Castelar, Nicolás Salmerón.

(22) ALAS, LEOPOLDO. *¡Adiós, "Cordera"!* y otros cuentos Colección Austral México, 1944 No. 444 p. 23

zaba lo mismo que mis paisanos, igual que mi madre..." (23)

Afortunadamente, en Madrid no todo fue sufrimiento. También pasó años felices con sus antiguos amigos de Oviedo: Armando Palacio Valdés, Tomás Tuero y Pío Rubín. Los cuatro soportaron, con el optimismo propio de la juventud, mil molestias, mal trato, comida pésima; pero también juntos gozaron los triunfos obtenidos en sus estudios. Al recordar estos tiempos dijo Clarín: "...aquel antiguo teatro de mi vida literaria, donde como tantos otros, gocé y padecí, aprendí algo bueno y mucho malo..." (24).

Cuenta Rafael Altamira (25) que la estancia de Alas en la capital fue muy provechosa, ya que no sólo tenía el deseo de perfeccionarse en su estudio de Derecho, sino que gran parte de su tiempo lo dedicaba a la lectura de los clásicos griegos, latinos y españoles, de filósofos y de escritores contemporáneos suyos. Este cimiento cultural fue lo que le dió grandes ventajas sobre la mayoría de los literatos que confiaban sólo en las disposiciones naturales. Al terminar sus estudios fue a Guimarán; sentía necesidad de descanso, de aire puro, de gozar ese paisaje asturiano que le inspiró trozos tan bellos: "...son estas escapadas a la naturaleza, a la independencia completa, expansiones interesantes, algo parecidas a las que procuran los habitantes de las grandes capitales, huyendo del tráfico los días de fiesta y buscando el aire y los horizontes de la aldea." (26)

Su estancia en esta población de la provincia de Oviedo no fue muy agradable, pues aunque ya empezaba a ser respetado por su enorme cultura, sus modernísimas teorías e ideales liberales no eran aceptados por sus familiares y conocidos; ante esto abandonó la provincia y volvió a Madrid, no sin antes hacer observaciones muy importantes respecto al carácter y comportamiento de sus paisanos, las cuales le serían muy útiles en trabajos posteriores.

(23) ALAS, LEOPOLDO. *El teatro español*, en *Páginas escogidas*, ed. cit. p. 63.

(24) ALAS, LEOPOLDO. Prólogo a *Folletos literarios*. Librería de Fernando Fe. Madrid, 1886 p. 13

(25) ALTAMIRA, RAFAEL, *Cosas del día* en *Crónicas de literatura y arte*. F. Sempere y Compañía, Editores. Valencia, p. 84.

(26) ALAS LEOPOLDO. *Halma*, en el libro *Galdós*, ed. cit., p. 290.

ridículo, o de lo bárbaro, o de lo bajo y grosero, o simplemente de lo tonto". (27)

Al mismo tiempo que escribía en la *Revista de Asturias*, preparó su tesis sobre *El Derecho y la Moralidad*; y en julio de 1878 recibió el título de Doctor en Derecho Civil y Canónico.

Poco después se enteró de la convocatoria para oposiciones a una cátedra de Economía Política en la Universidad de Salamanca. Su entusiasmo fue grande y decidió participar. Durante varios meses estudió sin descanso, se preparó ilusionado para el triunfo, convencido que esta actividad le dejaría mayores beneficios que los libros y los comentarios periodísticos.

Clarín obtuvo el primer lugar, pero le negaron la cátedra. Esta injusticia se debió a que el conde de Toreno, ministro de la Instrucción Pública, estaba resentido con Clarín por las sátiras que contra él había publicado en *El Solfeo*, y también "... por la implícita sospecha de que fuese yo un libre pensador como el boticario Lomais de Flaubert, capaz de apedrear y despedazar con la herejías que a mí se me ocurriesen, el fanal en que guardaran su fe mis discípulos". (28)

No sería ésta la única vez que alguien tomara represalias contra Clarín, él se daba cuenta del peligro que existía: "Oponerse a esta corriente de benevolencia universal es un acto de valor — y no lo digo por alabarme — tan grande como el de aquel héroe romano — creo que era romano — el cual se puso en mitad de un puente para contener él solo a todo un ejército". (29)

Al quedarse Clarín sin el trabajo que tanto esperaba se dispuso a seguir escribiendo, haciendo anotaciones y estudios de costumbres; a observar detenidamente, lo mismo a los chicos de los arrabales que a las damas de sociedad, los

(27) ALAS, LEOPOLDO. *Prólogo a Peñique*, Librería de Victoriano Suárez. Madrid, 1893. p. XIX.

(28) ALAS, LEOPOLDO. *Los Pazos de Ulloa*, en *Nueva campaña*, ed. cit., p. 228

(29) ALAS, LEOPOLDO. *Prefacio a manera de sinfonía*, en *Solos de Clarín*. Editor Alfredo de Carlos Hierro. Madrid, 1881. p. 10.

barrios populares que las zonas residenciales, para después crear con gran sentimiento, estupendas escenas características españolas, en las que había gracia, ingenio y profunda sabiduría.

En el año de 1880 fue a los cursos que impartía Giner de los Ríos, aprendió francés y alemán y empezó a escribir para *Madrid Cómico*. En este periódico fue donde se publicaron la mayoría de los artículos que él tituló "Paliques" "Le llamo *Palique* para escudarme desde luego con la modestia; porque palique vale tanto como conversación de poca importancia, según la Academia. Bien puedo decir que cuando más lucho es cuando escribo estos *paliques* que algunos desprecian, aún apreciándome a mí por otros conceptos; estos paliques que muchos tachan de frívolos, malévolos, inútiles para la literatura" Pero Clarín estaba convencido de que eran indispensables en esa España en que "...lo malo prospera, sube, florece, ahoga lo bueno, lo acoquina si se le deja" (30)

También en este año 1880, se inició en la oratoria, primero en la Universidad de Oviedo con su conferencia *La Lucha por el Derecho*. Unos meses después se presentó como orador público en la misma ciudad en un mitin de protesta por el cambio de trazo del ferrocarril de Pajañes.

"No era orador —dice Rafael Altamira, compañero de Clarín,— pero gustaba más que muchos oradores. Su palabra correcta, animada, ingeniosa y decidora, siempre llegaba en ciertos momentos caldeada por la convicción, henchida por las ideas e iluminada por la poesía de su espíritu, tenía la elocuencia avasalladora, espontánea, sincera, mejor a la estudiada por algunos oradores que hacen exaltaciones fingidas". (31)

Azorín trazó también una pintura muy clara de él. Nos lo describió físicamente, y lo que fue más difícil, logró que pudiéramos imaginarlo en el momento en que pensaba y practicaba: "Hablabá con palabra incisiva, cortada, titubente" . . . "hacía reservas, distingos y salvedades. Su pensamiento lleno de idealidad y de sabor—marchaba sesgo,

(30) ALAS, LEOPOLDO. *Prólogo* a su libro *Palique*. ed. cit., pp. VIII y XXI

(31) ALTAMIRA, RAFAEL. *op. cit.*

deteniéndose aquí, ladeándose allá, volviendo después a la vereda recta". (y tuvo la misma opinión que Altamira): "En resumen no era un orador; era un hombre que pensaba en voz alta" (32)

Al año siguiente, o sea en 1881, en colaboración con Armando Palacio, Clarín realizó una serie de trabajos literarios con el deseo de formar un resumen de la literatura; para esto cada uno de ellos escribió doce artículos a los que titularon *La literatura en 1881*. No cesó de producir. A este libro siguieron críticas, ensayos, artículos periodísticos, y cuentos magníficos como *La mosca sabia* y *El Diablo en Semana Santa*, que se puede considerar como antecedente de su novela *La Regenta*.

En este delicioso cuento encontramos descripciones también logradas como en la novela antes citada, personajes semejantes, y el mismo ambiente poco devoto en las ceremonias religiosas.) Hay en las dos obras, muestras de su enorme imaginación y fino humorismo.

CLARIN, PROVINCIANO

A los 29 años de edad se enamoró Clarín de Onofre García Argüelles, la mujer que más tarde sería su esposa. No fue obstáculo para Leopoldo casarse con una mujer que tenía un defecto físico que le impedía caminar con facilidad, sino por el contrario le ayudó a consolarse y admitir el propio defecto de ser bajo de estatura. Ella era buena y comprensiva y logró con ello que su esposo tuviera más confianza en sí mismo. En el mes de agosto de 1882 celebraron su matrimonio.

El primer año de casados estuvieron en Zaragoza; mas desde julio de 1883, radicaron para siempre en Oviedo. Muy pocas veces salió Clarín de esta ciudad; toda su vida la pasó en la provincia dedicado por completo a actividades de tipo intelectual: estudiar, leer, traducir, escribir incansablemente e impartir sus cátedras. Sus alumnos lo recordaban caminando rápidamente hacia la Universidad, pensando en la cátedra que iba a explicar; o en el parque

(32) AZORIN. *El paisaje de España*. ed. cit., p. 50.

platicando con el escritor Juan Ochoa sobre el más allá, que a los dos tanto inquietaba.

Se sabe que fue feliz en su matrimonio (aunque él no reveló nada sobre el particular en sus obras) y que tuvo tres hijos, dos hombres y una mujer.

No obstante que en sus obras a veces se mostró irritable, impaciente y poco comprensivo, Clarín fue un hombre bueno, . . . " lejos de ser duro de corazón era humanitario y caritativo, sentía las tristezas y quería a los pobres; socorría a los obreros y necesitados de Asturias" (33)

Esta apreciación coincide con lo que dice Luis Santullano: "Se le tenía como el más notable ovetense, no era sólo el escritor famoso, el profesor eminente, tenía además el sentido del servicio ciudadano social. El escribía, hacía labor docente, cooperaba donde lo necesitaban, daba conferencias a la juventud, intervino como árbitro en una huelga. Con esta discusión apasionó a la ciudad y lo más importante removi6 ideas en beneficio del ambiente social y regional" (34)

Como en toda población pequeña, en Oviedo la vida era mon6tona, faltaban distracciones, y Clarín, para matar el aburrimiento, iba al casino todas las tardes a jugar, a comentar las novedades del día y a derrochar unas pesetas.

La pintura de todo esto está en su obra maestra, *La Regenta*; a medida que la vamos leyendo, nos convencemos del ambiente que rodeó a Clarín, de incultura, tontería, necedad e incomprensión; ambiente provinciano que lo asfixiaba y que tanto criticó.

CLARIN, UNIVERSITARIO

En el mes de julio de 1882, en la Universidad de Zaragoza, Clarín por fin se convirtió en catedrático de Economía Política y Estadística.

Era ya Clarín todo un hombre. Tenía treinta años y sus rasgos característicos estaban ya fijados. Poco habían

(33) ALTAMIRA, RAFAEL. *op. cit.*

(34) SANTULLANO, LUIS, *Cuadernos Americanos, Cincuenta años después.* No. 5-Vol. LIX, Año X, 1951

de cambiar, pues su corta vida no le daría tiempo para ello. Era el" . . . hombre bajo, menudo, nervioso; llevaba una barba revuelta, como mesada en las horas de lectura y de meditación, febril e instintivamente". (35)

No pasó mucho tiempo en Zaragoza, pues al año siguiente pidió su cambio a la Universidad de Oviedo. Allí impartió las cátedras de Prolegómenos, Historia y Elementos de Derecho Romano. A partir de este momento no abandonó nunca las aulas de esta institución, donde había alcanzado merecidos triunfos como estudiante, aunque estos no son comparables con los que obtuvo, desempeñando la noble misión del magisterio.

Fue Clarín, ante todo, universitario. De los 49 años que vivió, 38 los pasó honrando a la Universidad: primero como alumno inteligente y aprovechado, después como maestro culto y responsable.

Este aspecto de su vida es verdaderamente digno de elogio, pues siempre tuvo la preocupación de dar a sus discípulos una sólida formación moral y cultural, así como la decisión firme de mejorar sus propias técnicas pedagógicas: "¿Por qué no decirlo a los discípulos? Se lo digo con cierta satisfacción contenida, hasta algo melancólica. Mis ideas son novísimas, mi tendencia la de los jóvenes maestros de Europa y América . . ." (36)

Los alumnos que tuvo en Oviedo eran muchachos de quince a diez y seis años, sin hábitos de estudio y con la informalidad propia de su edad; la labor de Clarín era de convencimiento, deseaba que se acostumbraran a captar lo interesante, a reflexionar para formar su criterio propio.

En todas sus lecciones aprovechaba cualquier incidente, para darles a conocer sus obligaciones, la manera de llegar a convertirse en verdaderos hombres, y las bases morales que les servirían para toda la vida. "Años y años llevo diciendo a mis queridos discípulos que procuren ser buenos ante todo, y además, y si tienen tiempo, que procuren encontrar por el camino que parece el más racional, menos ex-

(35) AZORIN. *El paisaje de España*. ed. cit..

(36) ALAS, L. *El sombrero del Cura*, en *Obras selectas*. p. 991

puesto a engaños, una ciencia que yo no tengo y que, por lo mismo, no puedo enseñarles” (37)

Su ambición no era solamente cumplir el programa marcado, sino establecer entre él y sus alumnos una comunicación franca, amigable, que diera lugar a que el maestro resolviera todas las dudas, aún las que no tenían relación con el tema de su cátedra.

Cuenta Altamira, profesor de la Universidad de Oviedo, que todos los maestros distinguían a los alumnos que habían pasado por las manos de Clarín, por su capacidad para captar con más profundidad. (38)

Durante los veinte años que ejerció como catedrático en la Universidad, fue dándose cuenta de la gran cantidad de defectos en que incurrián los profesores, y decía que había distinguir entre “el maestro de vocación y de facultades, del que va a ganar el pan con el sudor de su lengua” (39)

Dejó muchas y serias críticas, entre lo que más censuró está lo siguiente:

1. La poca vocación de los profesores que sólo piensan en el escalafón.
2. Desear ante todo la notoriedad pública y el aplauso de la multitud.
3. Improvisar maestros para poder cumplir con la enseñanza del plan oficial.
4. Pedir que cada catedrático explique, sin dejar ni un punto, todo el programa de la asignatura.
5. El abuso de elementos superficiales, como discursos de apertura, borlas, trajes académicas, bonetes, mucetas, medallas, etc.
6. La falta de naturalidad en la educación que degenera en amaneramiento en convencionalismo.
7. La costumbre de obligar al alumno a que “aprenda mu-

(37) *Ibidem.*, p. 990

(38) ALTAMIRA, R. *op. cit.*, p. 82

(39) ALAS, LEOPOLDO, *Camus. ed. cit.*, p. 1122

chos libros o muchos apuntes de memoria, de la correspondiente asignatura (que siempre es para el pedagogo vulgar que la explica, la más importante), llega a adquirir la creencia de que con tantas disciplinas sólo se trata de ponerle a prueba y de hacerle purgar de antemano los desaguisados que más adelante puede cometer en el ejercicio de su licenciatura, ya matando prójimos, ya defendiendo criminales, ya enmarañando pleitos, etc., etc.” (40)

8. Prescindir de la enseñanza de la religión en las instituciones educativas.

Sus aspiraciones no quedaron allí, pues Clarín también fue el principal propagandista de la Extensión Universitaria: deseaba que la enseñanza no sólo la obtuvieran los estudiantes de la capital, sino que llegara también el pueblo. Refiriéndose a este hecho, dice Santullano, que la creación de esta escuela hizo de Oviedo como una Atenas, en tono menor. (41)

Por todos estos méritos fue ascendiendo en el escalafón del profesorado universitario y después formó parte de la Comisión de Hacienda en el Ayuntamiento de Oviedo.

Afortunadamente toda su labor educativa fue apreciada por las autoridades y el pueblo de Oviedo, que comprendían que su única meta era despertar en sus alumnos el constante deseo de superación, pues siempre se lamentó de que “jóvenes con gran talento, de alma exquisita, promesas de genio, poco a poco se cansaran, se detuvieran, se obscurieran, vacilaran, dejaran de luchar por el primer puesto”. (42)

Hasta el fin de sus días estuvo Clarín en la Universidad, pues aún muerto fue llevado su cadáver al claustro universitario donde se instaló la capilla ardiente; ahí fue velado y despedido por maestros y alumnos. (Su vida terminó el 13 de junio de 1901, cuando apenas había cumplido 49 años).

--
(40) *Ibidem.*, p. 1125

(41) SANTULLANO, L. op. cit.

(42) ALAS, L. *Rivales*, en la Colección ¡Adiós, “Cordera”! y otros cuentos. ed. cit. p. 41

CLARIN, ESCRITOR CONSAGRADO Y TEMIDO

A los 32 años (Nov. 1884) Clarín alcanzó la máxima popularidad, con la aparición del primer tomo de *La Regenta*: descripción magnífica de la vida de provincia, estupendo estudio psicológico de cada uno de sus habitantes, desde sirvientes y empleados hasta la aristocracia y el clero, unido a la crítica moralizante de costumbres, y los comentarios siempre simpáticos, irónicos y oportunos del autor.

Al año siguiente (abril 1885) terminó la segunda parte de su novela, la cual suscitó muchas alabanzas y también críticas hostiles (43); éstas no lo acobardaron sino, por el contrario, las aprovechó para contestar a sus autores con burlas, comentarios irónicos y alusiones personales. Todo esto dió como resultado que su fama creciera y que directores de revistas y casas editoriales se disputaran la honra de publicar sus artículos, esperando con ansiedad por lectores y autores.

A fines de 1885 lo llamaron a colaborar en el diario *La Ilustración Ibérica* y continuó publicando, en el *Madrid Cómico*, *El Día*, y otros periódicos. Seguía ilusionado en fundar el suyo propio. Decía Galdós: "Será un periódico en el que sólo podrían participar la Pardo Bazán, Picón, Pereda, Clarín, Armando Palacio y Menéndez Pelayo, si quiere. Y podríamos llamarle *La República de las Letras*" (44) Hubiera sido una publicación verdaderamente valiosa, ya que todos y cada uno de estos escritores fueron de los principales representantes de las letras en el último tercio del siglo XIX; sin embargo, la falta de organización y recursos económicos impidió que se llevara a cabo este proyecto.

El nombre de Clarín llegó a ser famoso en toda España y su prestigio como crítico, enorme; a tal grado, que su opinión era solicitada por todos los autores de su época; algunos tan importantes como Emilia Pardo Bazán, Altamira, Giner de los Ríos, Núñez de Arce, Valera, Campoamor, Menéndez Pelayo, y hasta el mismo Pérez Galdós. El mismo Clarín, en alguna ocasión al mencionar este hecho, decía: "Tengo

--

(43) Lo relativo a esta polémica está tratado en el capítulo *El novelista*.

(44) CABEZAS, J. A. *op. cit.*, p. 137.

los cajones de mi mesa llenos de cartas cariñosas de ilustres académicos, de grandes novelistas, críticos y poetas..." (45)

Me parece oportuno decir que entre los años de 1879 y 1898, Clarín fue el crítico español más respetado y solicitado. Allí están para demostrarlo las listas de "Libros Remitidos por Autores o Editores", incluidas al final de sus *Folletos literarios*. En ellas encontramos libros, enviados desde ciudades europeas y americanas: New York, París, Habana, Santiago de Chile, Manila, Buenos Aires, Bogotá México, Roma, Berlín, Granada, Oviedo, Valencia, Barcelona, Madrid, Valladolid, Palma, etc.

Después de las listas advierte: "De todas las obras que reciba el autor de estos folletos se dará cuenta en ellos; pero sólo se promete una sencilla noticia, no un examen que se reserva para los libros que, por un concepto o por otro, lo merezcan en opinión del que esto escribe" (46)

Así vemos cómo Clarín se consagró en plena juventud como maestro, novelista, cuentista y crítico, actividades en las cuales siguió triunfando a través de su corta vida.

(45) ALAS, LEOPOLDO. *Prólogo a Palique*. ed. cit., p. XXV

(46) ALAS, LEOPOLDO. *Folletos literarios*. ed. cit., p. 86.

II

EL CRITICO

En el año de 1886 Clarín empezó a publicar sus *Folletos literarios*; no manuscritos como los de sus primeros años, sino por cuenta de la casa editorial de Fernando Fe. Esta decisión la tomó al advertir que “algunas veces los sucesos literarios llaman así poderosamente la atención del público . . . así yo pretendo, fundándome en ese interés creciente que atribuye a nuestra vida literaria, publicar de vez en cuando, siempre que la ocasión me parezca oportuna, un opúsculo o folleto literario que tenga por objeto el interés actual de las letras. No se trata de un periódico, porque lo primero que a estos folletos les faltará será la condición de la periodicidad; saldrán a la luz cuando lo convenga . . .” (1)

Su intención al publicar estos folletos literarios era comentar asuntos de actualidad y el estado en que se encontraban el teatro, la enseñanza oficial de la literatura, la prensa, la novela y el conjunto de la producción literaria.

En la introducción de estos folletos expresó su firme decisión de ser justo y desapasionado; afortunadamente estas cualidades las encontramos en la mayoría de sus artículos críticos. Decía Clarín: “Uno de los mayores males de nuestra vida literaria actual es la benevolencia excesiva de la crítica: huyo de ella siempre quiere imponérseme . . . Pues estos folletos son un parapeto para defenderme de los ataques de la benevolencia: quiero ser justo, quiero ser franco, quiero ser imparcial . . . todo menos torcerme, todo menos decir lo que no siento”. (2)

Clarín se daba cuenta de lo peligroso de esta actitud;

(1) ALAS, LEOPOLDO. *Prólogo a Folletos literarios*. ed. cit., p. 6

(2) *Ibidem.*, p. 8.

sabía que nunca debería elogiar a un escritor frente a otro del mismo género, que el hecho de no comentar alguna obra favorablemente, aumentaría el número de enemigos; opinaba que mientras más conocido es el crítico, es menos probable que sea sincero, porque la amistad con los escritores le impide decirles lo que merecen.

Estaba tan convencido de que darse a criticar es darse a morir de hambre, que le mandó una carta a un sobrino en la que le aconsejaba no tomar esa profesión, pues "... la crítica es género de tormento y martirio de que en el cielo nadie se cuida, y que en la tierra no merece sino maldiciones" (3) A lo largo de su vida Clarín también notó que un crítico de veras era un estorbo para un periódico, y más en su país, en el cual (según sus palabras) hasta el mozo de la Redacción desempeñaba esa labor.

Todo esto traía como consecuencia que una gran mayoría de jóvenes que se sentían con aptitudes para escribir, al saberse elogiados por el vulgo y los críticos improvisados, y sin ninguna preparación, continuaban haciendo cuentos, novelas, artículos de todas clases, en los cuales dominaba lo insubstancial y lo prosaico.

Había amargura en Clarín cuando veía el decaimiento intelectual en España, la indiferencia del pueblo ante cualquier manifestación cultural, la escasa y pobre producción literaria y el reducido número de lectores; se quejaba de la falta de entusiasmo en el público y del mal gusto que imperaba en todo. Creía que había varias causas: la ciencia iba reemplazando al arte; la agitada vida moderna impedía que existiera la imaginación, no había tiempo para soñar "... y sin ensueños no hay verdadera literatura artística, poética" (4)

Sus artículos de crítica están contenidos principalmente en los *Folletos literarios*, en sus *Paliques* y en *Solos de Clarín*. Se distingue en ellos dos modalidades: una ligera, agresiva, satírica; la otra, crítica literaria. En la primera apreciamos al censor que con soltura y fina ironía se divierte en cierta forma con lo que escribe, gozando al hacer resaltar

—

(3) ALAS, LEOPOLDO. *Carta a un sobrino*, en *Nueva campaña*. ed. cit., p. 59

(4) ALAS, LEOPOLDO. *Justicia de enero*, en *Obras selectas*. ed. cit., p. 1083.

los defectos de las obras que le han encomendado comentar. En otras ocasiones estos errores le molestan; expresa la indignación que siente al notar tanta incultura, tontería y falta de arte, en los libros que invaden su mesa de trabajo en espera de su opinión. Dice cruelmente: "Tengo por plegadera un puñal, y tentaciones me dan de ir hundiéndolo en cada volumen, no cortándolos por los pliegues, sino atravesándoles el lomo". (5)

Estos escritos ligeros los hacía rápidamente en ratos libres, entre los trabajos de crítica literaria y a veces en la mesa de un café; y sin embargo fueron los más leídos y los que más fama alcanzaron. En ellos frecuentemente se mostró demasiado duro, implacable, burlón, y sobre todo, vanidoso: estaba convencido de que él era el único censor valioso, que los otros críticos no sabían lo que decían, y si no concidían sus opiniones, ellos eran los equivocados, nunca él. Siempre que tocó este tema, lo hizo en términos hasta crueles, y a veces con expresiones despectivas y poco elegantes.

A pesar de estos defectos, la crítica festiva de Clarín fue de una gran amenidad, y la muestra más palpable de su fino ingenio y honda sensibilidad. Logró algo muy difícil: hacer reír a toda España y convertirse en el escritor más temido y admirado; los lectores veían entre sus ideas aparentemente festivas y superficiales, meditaciones y elevadas enseñanzas, reflejo de su culto espíritu y del absoluto dominio del arte literario.

La segunda modalidad, la de la crítica literaria, ha sido muy discutida, pues se ha tachado a Clarín de parcial y de elogiar de manera desmedida a los autores consagrados. Esta afirmación es falsa, y Clarín, sin imaginar que se opinaría en tal forma, se adelantó en varios artículos a dar las razones de su proceder, y a " . . . mostrar gráficamente, por la argumentación, por el ejemplo, por la sátira, como pueda, la pequeñez general, y a procurar que resalte lo poco bueno que nos queda, a venerarlo y a estudiarlo con atención y defenderlo con entusiasmo. . . " (6). En un folleto literario insistió:

(5) ALAS, LEOPOLDO. *Justicia en enero*, en *Obras selectas*. ed. cit., p. 1085.

(6) ALAS, LEOPOLDO. *Nueva campaña* ed. cit., p. 13.

“No vemos en la España de nuestros días muchas cosas buenas, por eso estamos a mi entender, obligados con más fuerza que nadie a ensalzar con calor y entusiasmo continuo, aquello poco que nos parece digno. . .” (7)

Por esto Clarín siempre procuró comentar todas las obras que iban apareciendo de los grandes valores literarios del siglo XIX, tales como Pérez Galdós, Alarcón, Pereda, Pardo Bazán, Valera, Campoamor, Zorrilla, Palacio Valdés, y muchos más, pero estos comentarios no siempre fueron elogiosos, pues aún al mismo Pérez Galdós, a quien llamaba el primer novelista español, le señaló varias veces sus errores: de sus novela *Miau*, dijo que estaba escrita con descuido y cansancio; de *Angel Guerra*, que tenía el defecto de la prolijidad y no merecía tanta admiración como otras de sus obras; de *Halma*, que le sobraban diálogos, multitud de pormenores y repeticiones; de *El Abuelo*, que “el olvido de poda” era evidente; y muchas críticas más a este autor. A Valera le recomendó con mucho respeto que leyera a los naturalistas, antes de hablar de ellos, y así ya no los combatiría.

A Armando Palacio Valdés, tampoco le perdonó sus errores, y se excusó diciendo: “Un egoísmo que me parece muy disculpable, me obliga a sacrificar al amigo en aras de mi humilde nombre revistero imparcial. Quiero decir que para evitar a mis enemigos la ocasión de zaherirme, prefiero no elogiar a Palacio cuanto merece, y apretar en el renglón de los reparos, para que así resalte más la condición de justiciero de que siempre hice gala”. (8)

Las novelas *Nubes de Estío* y *La Montálvez* de Pereda, aumentaron la lista de las producciones que no escaparon a la censura de Clarín; en ellas encontró que la composición era muy descuidada, que había desproporción en las partes, olvido de la simetría literaria y despilfarro de prosa, en capítulos que podían haber sido escritos con más brevedad.

Pero su imparcialidad se hizo indiscutible cuando habló de sus enemigos, pues en vez de aprovechar la oportunidad para atacarlos, los elogió cuando lo merecían. Con Ma-

(7) ALAS, LEOPOLDO. *Rafael Calvo y el teatro español*. Librería de Fernando Fe, Madrid, 1890.

(8) ALAS, LEOPOLDO. *Nueva campaña*. ed. cit., p. 239.

nuel del Palacio tuvo en 1886 una sonada polémica, cuando Clarín lo llamó "medio poeta" o también "cincuenta centimos de poeta". Pues bien, después de que se enviaron cartas con frases despectivas, Clarín publicó un artículo titulado *Blanca*, en el cual alabó las cualidades literarias de este poema de Palacio.

Clarín sintió gran antipatía hacia el padre Blanco García porque éste hizo críticas muy injustas a su obra; sin embargo, nuestro autor al hablar de él escribió: "Es prudente, estudioso, juicioso..." (9)

Creo conveniente recordar la valentía que demostró Clarín cuando censuró agria y mordazmente a Cánovas, el primer hombre de estado en su tiempo. (En un artículo de cuarenta páginas, lo criticó como lírico, poeta, novelista, historiador, orador, político pacificador y prologuista.) Fue tan grande su atrevimiento que un amigo le envió una carta en la que le recomendaba se cuidara de los males que le podría causar el enojo de tan alto personaje, al saberse criticado ante toda España.

Al final de la vida de Clarín, su crítica hiriente, y en ocasiones mordaz y cruel, sufrió un cambio: se propuso no volver a ofender a nadie, no burlarse de los poetastros, de los "grafómanos" (como él los llamaba), no hacerles mal. Habló de estas intenciones en *No engendres el dolor*, artículo en el que relató un sueño que tuvo: una voz le pedía que no siguiera haciendo ese tipo de críticas con las que tanto hería.

Este cambio, el hecho de que Clarín viera la vida de otra manera, se debió a la desaparición de varios seres queridos. Primero murió su alumno preferido, después Pedro Antonio de Alarcón y Renán, por quienes sintió gran estimación, también su gran amigo Tomás Tuero, y por último su madre. Aumentó entonces su preocupación por el más allá, que siempre le había obsesionado y que en esos momentos se intensificó; había pensado mucho sobre la otra vida, como problema filosófico, de estudio y meditación; pero nunca se había enfrentado a pensar en su propia muerte.

A pesar de estas penas y de la tuberculosis intestinal

(9) ALAS, LEOPOLDO. *La Muñeira, en Palique*. ed. cit., p. 262.

que ya empezaba a molestarle, siguió su habitual ritmo de trabajo, y no obstante el cambio sufrido en sus críticas, las casas editoriales siguieron disputándose los trabajos de Clarín y el público continuó disfrutando de sus artículos plenos de interés e ingenio.

III

EL CUENTISTA

En este género Clarín alcanza también un sitio preponderante, y sus cuentos además de ser producciones amenas y atractivas, nos muestran otros aspectos del alma de su autor: su delicadeza, gracia, exquisito buen gusto y profunda sensibilidad.

La mayoría son obras pequeñas, pero con enormes destellos de inspiración. Admira encontrar en cada una de estas deliciosas miniaturas tantas belleza y originalidad, sencillez de acción y un gran conocimiento de la naturaleza humana. En casi todas hay una lección moral, acompañada de su característico humorismo.

Dejó Clarín cerca de un centenar de cuentos, los cuales podemos clasificar en dos grupos:

Al primero pertenecen aquellos en que la sencillez, la delicada ternura y la grandeza de los conceptos allí expuestos, los convierten en narraciones de un sentimentalismo templado, de una dulzura que conmueve, pero no empalaga, y nos hacen pensar en ideas tan nobles como el amor, la bondad, la inocencia, el heroísmo, la santidad y la nobleza.

En el segundo grupo quedan incluidos aquellos en que predominan muchos atributos que ya se han señalado como característicos de la obra de Clarín: amenidad, estilo ágil, gracioso y humorístico, agudeza y originalidad. Son relatos con un fondo satírico que, gracias a la fina observación y amplia cultura del autor, se nos presentan como artículos críticos o caricaturescos.

Como representativos del primer grupo están los estupendos cuentos: ¡Adiós, "Cordera"!, Cambio de luz, Pipá Boroña, Un viejo verde, Avecilla, Las dos cajas, El Rana,

Un jornalero, El Señor, Doña Berta. Esta lista podría alargarse enormemente; pero me limito a citar éstos, en que se destaca con mayor fuerza un fondo de ternura humana, ejemplar e insuperable, y a comentar algunos de ellos, por sus grandes méritos:

¡Adiós, "Cordera"!

Es un cuento muy tierno y sentimental, que nos recuerda el momento en que tantos jóvenes humildes, sin influencias políticas se ven arrastrados a la guerra carlista. La protagonista de este drama rural es, en realidad, la mansa vaca "La Cordera", compañera de juegos de dos inocentes niños, los pastorcitos Pinín y Rosa.

Cuando Clarín nos presenta a La Cordera, da la impresión de que habla de todo un personaje humano. Dice que era "... mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado" Y añade: "...sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio". (1)

Hay en este cuento un delicado sabor bucólico, en él nos demuestra Clarín la emoción que sabía sentir ante las cosas sencillas y delicadas. Es el cuento más conocido, el que se ha publicado mayor número de veces, y para muchos el mejor.

Cambio de luz

Esta obra la escribió Clarín en el año de 1892, época en que tuvo momentos de decaimiento, cansancio físico e intelectual, pesimismo, días en que lo que escribía lo destruía a la mañana siguiente. Sentía enormes deseos de descanso y ansias de estar en contacto directo con la naturaleza (gus-

(1) ALAS, LEOPOLDO. *¡Adiós, "Cordera"!*, en *Obras selectas*. ed. cit. p. 811.

to del cual ya se habló). A estos períodos sucedían otros en que se reponía, sentía que la vida volvía a él y de nuevo se dedicaba al trabajo intenso: "... el cerebro vibraba con impulso increíble; la máquina a todo vapor, movía las cien mil ruedas y correas de aquella fábrica misteriosa, y ya no era empresa fácil apagar los hornos". (2)

Estando Clarín en tal estado de ánimo, escribió su cuento *Cambio de luz* que es de los que con más facilidad nos dejan ver lo íntimo de su personalidad: se comprenden ahí sus sentimientos, la alegría que le causaba el crear con fecundidad, la manera como se inspiraba y creaba, y también los momentos de angustia y decaimiento moral que a veces sufría.

Sus anhelos, ilusiones, desengaños: todo está ahí en la figura del escritor Jorge Arial, joven estudioso, que pierde la vista, pero en cambio encuentra a Dios.

Cuando Clarín describe al protagonista, estamos convencidos que habla de sí mismo: "... muchas eran sus ocupaciones y en todas se distinguía por la inteligencia, el arte, la asiduidad y el esmero". Y continúa: "Se fue transformando en un pensador y en amorador del arte; y fue un sabio en estética, un crítico de pintura, un profesor insigne; y después, un artista de la pluma, un historiador del arte con el arte de un novelista". (3)

Las dudas religiosas de Clarín y la razón por la cual llega a ellas, están también expuestas en forma admirable, como si tratara de ayudarnos a comprender la transformación que él mismo sufrió; es de gran emotividad el trozo en el cual el protagonista Jorge Arial siente la existencia de Dios y llora sin avergonzarse, con profunda humildad y sincero agradecimiento, pues sabe que ya será feliz para *siempre*.

Además de todo lo anterior, resaltan en este cuento, muchos pasajes verdaderamente poéticos, cargados de exquisita sensibilidad e incomparable belleza.

(2) ALAS, LEOPOLDO. *Cambio de luz*, en *¡Adiós, "Corde-a"!* y otros cuentos ed. cit., p. 30.

(3) *Ibidem.*, p. 22.

Pipá

Es un acabado cuadro de costumbres, de crudo realismo, en que el héroe es un chiquillo humilde, vagabundo que habiéndose disfrazado de fantasma en una noche de carnaval, es solicitado por una niña rica que lo considera como un juguete propio y quiere retenerlo en su palacio. A pesar de que su nueva amiga le ofrece toda clase de comodidades, él huye a su barrio en busca de libertad, y muere quemado, víctima de la imprudencia de sus amigos.

En este cuento es donde Clarín supo manejar en mejor forma, con más realismo, a la gente de los arrabales; la vemos con sus vulgaridades, con su miseria física, material y moral, pero también con su nobleza de alma.

Esta narración hubiera sido más interesante si Clarín hubiese enriquecido los diálogos, pues éstos son escasos, y en ocasiones no están muy de acuerdo con las características de la clase social a que pertenecen los protagonistas. Sin embargo, es difícil encontrar otro personaje con la sencillez, humanidad y ternura del trágico pícaro Pipá, cuyo fin es de un realismo cruel y desgarrador.

Boroña

Un pobre indiano que regresa a España, después de treinta años de trabajo, rico pero enfermo. Sus parientes lo reciben fríamente; luego cambian su actitud y se tornan amables, esperando que algo les toque cuando reparta sus riquezas. La ilusión del viajero es volver a comer boroña (torta caliente de maíz), pero su enfermedad ha hecho estragos en su organismo y no puede ni probarla; y por fin muere decepcionado, mientras los sobrinos y el cuñado "rascan" el baúl en busca de lo que ha quedado de la herencia.

Aparte de la lección moral que encontramos en éste y en muchos de los cuentos, también es digna de elogio la descripción tan sentida que hace de la naturaleza, sólo comparable con las que logra en *Doña Berta*: "...una vega muy pintoresca, mullida con infinita hojarasca de castaños y robles, pinos y nogales, con los naturales tapices de la honda pradería de terciopelo verde oscuro que desciende hasta

refrescar sus lindes en un arroyo que busca de prisa y alborotando el cauce del Aboño". (4)

Un jornalero

En este cuento aparece la idea, la convicción que siempre tuvo Clarín, de que el intelectual era un hombre incomprendido y explotado; que sólo produce porque quiere ganarse en forma digna la cena de cada día, a falta de otras rentas, y que las casas editoriales son las únicas que se enriquecen a costa del callado esfuerzo del escritor.

El asunto del cuento es el siguiente: Fernando Vidal, investigador pobre y sacrificado, se ve sorprendido a la salida de la biblioteca por un grupo de rebeldes levantados en armas contra la clase burguesa; lo creen enemigo y deciden matarlo a librazos, o quemarlo en una hoguera de papel, en la propia biblioteca; pero el erudito Vidal los convence de la dignidad de su trabajo: "Yo soy hombre para no meter en la boca un pedazo de pan, aunque reviente de hambre, sin estar seguro de que lo he ganado honradamente". Y agrega: "Yo no pido ocho horas de trabajo, porque no me bastan para la tarea inmensa que tengo delante de mí. Yo soy un albañil que trabaja en una pared que sabe que no ha de ver concluida, y tengo la seguridad de que cuando más alto esté me caeré de cabeza del andamio". (5)

Más adelante vuelve Clarín a expresar sus propias quejas, a desahogar esa indignación que siempre sintió ante la general indiferencia del pueblo español: "Con mi trabajo, se han hecho ricos otros: empresarios, capitalistas, editores de bibliotecas y periódicos". (6)

Mientras Vidal habla así llega la policía, y como falsamente declaran los rebeldes que éste es el cabecilla, es condenado a muerte. A pesar de que el relato es un estudio profundo de las clases trabajadoras, y domina en él la seriedad, sobre todo en el injusto fin del culto escritor, Cla-

—

(4) ALAS, LEOPOLDO. *Borofia* en *Obras selectas*. ed. cit. p. 1004

(5) ALAS, LEOPOLDO. *El jornalero*, en *¡Adiós, "Cordera"!* y otros cuentos ed. cit., p. 113.

(6) *Ibidem.*, p. 114.

rín termina la obra con sus acostumbrados y simpáticos comentarios festivos: "Fernando Vidal pasaba a mejor vida por la vía sumaria de los clásicos y muy conservadores cuatro tiritos". (7)

Doña Berta

Cuento escrito en la madurez del autor, en el cual se nota que el estilo de Clarín ha logrado una depuración artística que apreciamos en todas las producciones escritas en los últimos años de su vida. Ya no vemos al escritor realista de *Pipá*; ahora es el creador que imagina cuadros de una profunda sencillez y emotividad verdadera.

El asunto es el siguiente: la vida de una adorable ancianita, Doña Berta, quien en su juventud tuvo un hijo (fruto de amores con un capitán) al cual no tuvo tiempo de contemplar siquiera porque sus cuatro hermanos se lo arrebataron recién nacido y lo ocultaron, para que no manchara el buen nombre de la familia.

Muchos años después, un pintor le regaló un cuadro en el que creyó "reconocer" a su hijo y además se enteró de que en Madrid existía otra pintura que representaba el momento de la muerte del supuesto hijo.

Hipotecó sus propiedades; dejó cariños, comodidades, la tranquilidad de toda una vida, y se encaminó a la capital, para adquirir ese cuadro. En la gran ciudad la atormentaba desconfianza y miedo hacia todo: la calle, la gente, los árboles, los vehículos; sin embargo, con decisión y heroísmo, salía, cruzaba las calles entre la multitud para seguir buscando el cuadro y a su autor. Por fin encuentra la pintura y consigue el permiso de verla cuantas veces quisiera, mientras no la empacaran para llevarla a América. El día que la iban a embalar, el último que hubiera podido contemplarla, murió Doña Berta bajo las ruedas de un tranvía.

Mientras, en su casa el gato desesperado por el encierro y la ausencia del ama, iba muriendo" . . . con la resignación última de la debilidad suprema, se dejó caer en un rincón,

--

(7) ALAS, LEOPOLDO. *Ibidem.*, p. 116.

y murió tal vez soñando con las mariposas que no podía cazar, pero que alegraban sus días, allá en el Aren". (8)

Hay en esta obra abundancia de sentidas descripciones de paisajes asturianos, tal como Clarín los vió; pero embellecidos más aún, por el cariño que tuvo a la naturaleza. Al hablar del campo, del Aren, hace comparaciones originales, como aquella en que nos presenta a Doña Berta enojada de que hayan pisado sus prados y dejado "cicatrices" en ellos. Más adelante esa verdura arrancará lágrimas a la ancianita, cuando se despide de sus posesiones y decide ir a la capital abandonando todo aquello que es parte de su vida.

A través de todo el cuento domina un ambiente de fatalidad y tristeza y no hay, como en la mayoría de sus escritos, ningún detalle irónico ni satírico; llama la atención la lentitud de acción, el silencio reinante, acorde con el pasito menudo y lento de la protagonista y su gato.

Cuando cuenta, en el capítulo VIII, el consuelo que experimentaba la delicada heroína al ir a la iglesia, no es sino la expresión de lo que el mismo Clarín sintió al llegar a Madrid y que ha sido comentado en líneas anteriores. Doña Berta se sentía tan extraña a todo lo que le rodeaba que a veces a media calle tenía que contenerse para no pedir socorro, para no gritar que por caridad la llevasen a su Posadorio.

Todo esto son recuerdos dolorosos de Clarín que después de treinta años aún tiene presentes y nos los repite en varias ocasiones, como un desahogo de su mente atormentada.

Otro gran acierto digno de hacerse notar, es la facilidad que tuvo para trazar con la pluma las diversas y complejas expresiones del rostro; es tarea difícil para un escritor, y él logró superarla. Al describir los rasgos de la cara del capitán cuando se está muriendo, claramente vemos que no sólo había dolor, sino que existía también la alegría del sacrificio, y la satisfacción del deber cumplido.

Es, en resumen, un delicioso cuento de gran sencillez y encanto, en el que una ingenua viejecita nos despierta emo-

—

(8) ALAS, LEOPOLDO. *Doña Berta*, en *Obras selectas*. ed. cit., p. 755.

ciones y nos hace partícipes, por breves instantes, de su generosa ternura.

Pasemos ahora al segundo grupo, representado por cuentos marcadamente humorísticos y con un fondo crítico y caricaturesco. Anoté aquí sólo los más importantes: Cuento futuro, Cuervo, Doctor Pértinax, Zurita, Doctor Sutilis, La mosca sabia, El centauro, El sombrero del cura, El Diablo en Semana Santa, Benedictino.

La mosca sabia

Graciosísimo relato en el que aparece una mosca sabia que vive encerrada en la biblioteca del también sabio Eufrasio Macrocéfalo, quien no la mata porque está esperando descubrir la "filosofía sintética" que le autorice a hacerlo.

La mosca va siendo cada vez más culta, y en una excursión a la que va con su dueño, conoce a una encantadora y pispireta "mosca vomitoria"; se enamora perdidamente de ella; pero al enterarse de que lleva una vida libertina y nada ejemplar, se decepciona, y desesperada busca la muerte provocando al erudito hasta que éste, furioso, la aplasta.

Los razonamientos, comentarios y opiniones expresados por boca de la mosca son ejemplo de sabiduría y buen juicio; Clarín no desaprovecha la oportunidad para hacer críticas graciosas de los literatos y de los Académicos de la Lengua, y burlarse en la figura de don Eufrasio Macrocéfalo, de los filósofos y sobre todo de los krausistas.

El Doctor Pértinax

Es la historia de un doctor ateo que creyéndose muerto, siente que llega al cielo y ahí ve desfilar ante sus ojos, beatos y angeles, "tronos y dominaciones y bienaventurados ramos" (9), santos y santas, con las características y peculiaridades que tuvieron en el mundo. Enriquece esta presentación, con un delicioso humorismo y gracia inmejorables.

Ve a San Pedro con su libreta de memorias, vigilando la entrada de los visitantes y anotando sus generales; a San-

—

(9) ALAS, LEOPOLDO, *El Doctor Pértinax*, en *Obras selectas*, ed. cit., p. 943.

to Tomás que invita a visitar todo el cielo para que se crea en su existencia, por aquello de ver para creer; al otro Tomás, el de Aquino, que quiere mostrar la Summa Teológica; y a Diógenes, que se ha salvado gracias a los buenos chistes que contó en vida, caminando entre los santos, para alumbrarlos con su linterna, etc.

Después de un original juicio en el que intervienen los personajes citados, el doctor es absuelto, pues su libro *Filosofía última* (del cual habla constantemente a todos los santos) no ha causado daño, entre otras razones porque nadie lo conoce; además pesa a su favor el haber mantenido toda su vida al hijo del ama de llaves, a quien creía hijo suyo. Al saber el fallo absolutorio, Pértinax vuelve a desmayarse.

Luego, cuando vuelve en sí, se encuentra ante un sacerdote que espera su confesión; recapacita, se queja de ser víctima de una farsa indigna y opina que no está de acuerdo con el mundo que ha creado Dios. No acaba todavía de hablar, cuando expira de veras.

Y Clarín finaliza el cuento con uno de sus acostumbrados comentarios: "No lo enterraron en sagrado".

Este cuento, como el anterior, es una crítica más de nuestro autor a los krausistas a quienes tilda de distraídos, extravagantes y soñadores.

El sombrero del señor cura

Trata de un diputado, el señor Morales, quien se creía muy culto y moderno y aborrecía lo anticuado. En cierta ocasión, cuando platicaba con unos amigos, les advirtió que no tardaría en llegar el señor cura con un sombrero tan cursi, que con seguridad a todos causaría gran regocijo. Efectivamente, a los pocos momentos se presentó el sacerdote y, ante el asombro del grupo, dejó ver un sombrero que no era ni tan viejo ni tan nuevo como para llamar la atención, y explicó que cuando lo compró estaba pasado de moda, y la gente se reía de él. Pasaron los años y todos los caballeros empezaron a usar sombreros como el suyo. Más tarde se dió cuenta de que otra vez cambiaba el estilo, y por último su sombrero estaba tan presentable como el del más elegante.

A final del cuento comenta Clarín que igual le pasó a él: cuando se presentó a la cátedra sus alumnos opinaban que los conceptos por él expuestos estaban fuera de actualidad, y aunque al correr del tiempo sus ideas siguieron siendo las mismas, llegó el momento en el que fueron equiparadas a las de los profesores más jóvenes, progresistas y famosos de Europa.

Como vemos, hay aquí recuerdos, notas autobiográficas, pasajes en que nos parece comprender el espíritu de Clarín que añoraba el pasado y respetaba la tradición, pero que no obstante, era un hombre que estaba al día.

Se puede considerar éste como el cuento más representativo de Clarín: en él abundan las notas interesantes sobre modas, manera de pensar de cada época, críticas a la tontería reinante y la convicción plena de que los valores positivos perdurarán.

No sería posible, por la dimensión de este trabajo, hacer el análisis de todos y cada uno de los cuentos, por eso solamente escogí aquellos que son indispensables, para demostrar que en este género, también ocupó Clarín, junto con Alarcón y Pardo Bazán, uno de los primeros lugares, gracias a sus magníficos dotes de narrador, a su acierto en la elección de temas, y a su estilo correcto, tanto en los cuentos crítico-humorísticos como en aquellos en los que todo es finura y risueña filosofía.

IV

EL NOVELISTA

El género literario sobresaliente en España durante el siglo XIX fue la novela, que alcanzó su mayor esplendor en el último tercio de dicho siglo. En este período surgieron representantes de muchísima importancia, verdaderos maestros en este género que hicieron de la centuria pasada el siglo de oro de la novela nacional.

A este esplendor contribuyó Leopoldo Alas con obras moralizantes, en las cuales encontramos acertadas críticas a la sociedad y un profundo estudio psicológico de sus personajes.

Aunque como crítico y cuentista alcanzó grandes éxitos y llegó a ser famoso, es indiscutible que se distinguió más como novelista, pues los valores emocionales y estéticos contenidos en sus novelas son permanentes y universales, mientras que sus artículos críticos han perdido parcialmente su interés, por ser solamente comentarios de su época. Desgraciadamente fue muy escasa su producción novelística pues sólo nos dejó dos novelas *La Regenta* y *Su único hijo*, las cuales bastaron para demostrar sus grandes dotes de narrador.

Clarín logró al escribirlas transportar al papel, la vida provinciana de España, hacer un estudio perfecto de los diversos caracteres, crear tipos castizos y aplicar prácticamente las ideas que toda su vida expuso sobre los procedimientos que debe observar un novelista.

Una de sus metas fue mejorar la forma literaria de su tiempo, salvarla de normas anticuadas y repeticiones, no seguir ningún movimiento determinado sino estudiar las diversas técnicas artísticas y elegir las que mejor se adaptasen a los nuevos gustos y costumbres.

A través de sus observaciones llegó a la conclusión de que la literatura se estancaría, si en cada época se escribiera con apego a las formas acostumbradas, en vez de atender las necesidades del espíritu moderno y aspirar a nuevas ideas que mejor expresen la vida actual. Decía: "Es estancamiento, ruina y podredumbre el prurito del tradicionalismo irreflexivo, que invocando un patriotismo estético absurdo, se obstina en cerrar el espíritu nacional a toda influencia de las nuevas corrientes y de los países más adelantados". (1)

Pero al mismo tiempo hizo notar el peligro que existía en querer transformar totalmente la literatura, en independizarse por completo de la Academia de la Lengua y usar, en las novelas, formas incorrectas, lenguaje artificioso, oscuro y poco apropiado a los diversos personajes y caer en vicios y exageraciones.

Cada escritor debería tener muy presente el estudio de modelos, así como tino y gusto para darse cuenta de cómo se hacía una novela que pudiera ser aceptada con entusiasmo y admiración.

Al poner Clarín en práctica estas teorías, fue natural que lograra hacer de sus narraciones obras verdaderamente valiosas, que a pesar de ciertos defectos, pueden ser consideradas modelos de su género.

La Regenta tiene mucha semejanza con *Su único hijo*: las dos novelas presentan la vida de una familia acomodada del siglo XIX; el escenario en ambas es la ciudad de Oviedo; las dos tienen como argumento principal el adulterio; pero difieren en que Ema (*Su único hijo*) lo desea y en cambio Ana (*La Regenta*) es arrastrada a él; los protagonistas de las dos narraciones, Ana y Bonifacio desean ardientemente un hijo; en el capítulo final tanto de una como de otra novela los dos se ven despreciados por sus antiguos adoradores, a quienes encuentran igualmente en la iglesia.

A pesar de haber tanta similitud en los asuntos, y aunque *Su único hijo* fue creada en la madurez del autor (1891) y presenta enormes bellezas y un conjunto más armónico, *La*

—

(1) ALAS, L. *Galdós* ed. cit., p. 96

Regenta es sin lugar a duda superior, y es la obra representativa de Clarín.

Tomando en cuenta lo anterior y el interés que ha despertado *La Regenta* desde su aparición, será sólo esta novela la que analizaré.

LA REGENTA. POLEMICA QUE SUSCITO

El primer tomo de *La Regenta* apareció en noviembre de 1884; pero Clarín había empezado a escribirla en 1883 y a concebirla desde 1881. Necesitó nuestro novelista cuatro años de observación de la vida española, de comparaciones entre los capitalinos y provincianos, de recopilación de materiales que iba fijando y dando forma en su mente, para crear después esa maravillosa obra, ejemplo de reflexión y buen gusto.

En el año de 1881 escribió su cuento *El Diablo en Semana Santa*; en él fueron esbozados cuatro de los personajes que aparecieron después en *La Regenta*: Ana, el Magistral y los dos monaguillos. En ambos relatos las características físicas y psíquicas son las mismas: el canónigo del cuento tenía la nariz "...acaso demasiado larga, demasiado inclinada sobre los labios y demasiado carnosa; aunque aguda, tenía las ventanas muy anchas". (2)

Mientras que al Magistral de *La Regenta*, Clarín lo describe así: "Tenía la nariz larga, recta sin corrección ni dignidad, también era sobrada de carne hacia el extremo y se inclinaba como árbol bajo el peso de excesivo fruto. Aquella nariz era la obra muerta en aquel rostro toda expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba". (3)

El asunto también ofrece bastantes analogías: en el cuento aparece el demonio malhumorado, decidido a llamar la atención de los asistentes a un oficio religioso. Primero distrae a los acólitos que, como en *La Regenta*, se encuentran

(2) ALAS, LEOPOLDO. *El Diablo en Semana Santa*, en *Solos de Clarín* ed. cit., p. 328.

(3) ALAS, LEOPOLDO. *La Regenta*. Nuestros Clásicos, No. 19 México, 1960 Tomo I. p. 7

en la torre de la iglesia; después penetra en el templo, causa desorden entre los fieles, sugiere pensamientos impuros al jóven canónigo que cree oír en vez de música religiosa, tonadas populares. Le dicen así: "Tus ayes y los míos son la voz del deseo encadenado; rompamos estos lazos y volem-
mos juntos; la primavera nos convida. . ." (4)

En *La Regenta* encontramos un cuadro parecido. El 24 de diciembre se celebra la misa de medianoche y asisten a ella todos los vetustenses. La presencia del demonio se deja sentir, pues todos están inquietos: unos piensan en el amor, otros se divierten viendo jugar a los niños, y todos, con la falta de respeto que el pueblo creía tradicional en la Misa de Gallo, oyen al órgano entonar sonos populares:

"Arriba Manolillo,
Abajo, Manolé,
de la quinta pasada
Yo te liberté;
de la que viene ahora
arriba, Manolillo,
no se si podré. . .
Manolillo, Manolé" (5)

Quizá cuando Clarín escribió este cuento sabía que era el principio de su obra máxima; pero necesitaba tiempo para madurar su idea, para penetrar en el alma de sus personajes y sobre todo para conocer a fondo la ciudad de Oviedo, principal protagonista de su novela.

Cuentan sus biógrafos que no todos los días podía escribir, sino que necesitaba determinados momentos de inspiración, para expresar todo aquello que había ido acumulando, dándole vida en su mente para transformarlo después en obra de arte.

El contenido del cuento, enriquecido con sus experiencias como maestro y ciudadano ovetense, le fue muy útil para la realización de *La Regenta*, que escribió "...concentrado, abstraído, poniendo el alma entera en la pluma, metido por el papel, viendo sus personajes, moviéndolos o

(4) ALAS, LEOPOLDO. *El Diablo en Semana Santa* ed. cit., p. 329.

(5) ALAS, LEOPOLDO. *La Regenta*. ed. cit., p. 227.

analizando con la fuerza p6derosa de su esp6ritu penetrante y trayendo a juego toda la reserva de su cultura". (6)

En noviembre de 1884 termin6 el primer tomo y cinco meses despu6s, el segundo. Clar6n mismo se di6 cuenta de la magnitud de su obra y esperaba confiado y ansioso los elogios que cre6a merecer; sin embargo, 6l que hab6a alabado a tantos novelistas y cr6ticos de su 6poca, no tuvo la suerte de hallar al cr6tico recto e imparcial que le tributara el homenaje debido. Ni siquiera P6rez Gald6s—quien tanta atenci6n hab6a recibido por parte de Clar6n, pues le hab6a comentado todas sus novelas—di6 la opini6n justa.

Muy pronto fue conoci6ndose la novela, y el esc6ndalo empez6. Los ovetenses creyeron verse retratados en sus p6ginas, y los esp6ritus tontos y maliciosos ve6an ataques a la religi6n y a las buenas costumbres, en donde s6lo hab6a censura a la mala vida y reprobaci6n a la falsa piedad.

Surgieron de pronto, murmuraciones y comentarios moderados, en peque6os c6rculos; pero a medida que la obra fue ley6ndose se convirti6 en tema de conversaci6n de la ciudad; creci6 la indignaci6n y naturalmente todos adquirieron ese libro "tan inmoral".

Pero el punto culminante de este suceso fue la intervenci6n del se6or obispo de Oviedo, quien el 25 de abril reparti6 a los fieles unos volantes en que los preven6a del peligro que significaba la novela, advirti6ndoles que el autor, por ser profesor de la Universidad y vivir ah6 en Oviedo, era una amenaza constante para la moral de la juventud ovetense que ten6a la desgracia de caer en sus manos.

Al conocer Clar6n esta opini6n, se apresur6 a c6ntestar; lo hizo en forma p6blica, como 6l acostumbraba, y en el peri6dico *Madrid C6mico*. Por ser su carta de sumo inter6s en esta pol6mica, y contener toda la gracia, iron6a y malicia peculiares del estilo de Clar6n, copio de ella los trozos m6s importantes:

—

(6) POSADA, ADOLFO. *Escritos In6ditos de Clar6n. La Lectura Tomo III* (1906). p. 214.

"Ilustrísimo Sr. D. F. Martínez Vigil, obispo de Oviedo.

Oviedo, 11 de mayo de 1885.

Muy señor mío:

Comienzo invocado la caridad de V. S. I. para conseguir de antemano el perdón de aquellos conceptos o frases de esta carta que puedan no ser dignos de llegar a presencia de tan encumbrado personaje como lo es en lo temporal y en lo religioso V. S. I. Es la primera vez que escribo a un señor obispo, y temo no mostrarme de hecho tan cortés y comedido como en la intención me tengo propuesto. Y esto, a pesar de que en la pastoral en que V. S. I. me llama "salteador de honras" a mí, o si no a un libro mío; *porque la verdad es que la gramática del párrafo que he de copiar no está muy clara*, sin duda por las prisas con que fue redactado el documento. Ello es que en dicha pastoral, que lleva fecha 25 de abril del presente año, se alude a una novela que debe ser mía, no a juzgar por los epítetos con que V. S. I. adorna el libro, sino porque se indica que el autor es catedrático de Derecho, y entre los de esta Facultad, en Oviedo, sólo hay uno, aunque indigno, que escriba libros de ese género, y ese soy yo. Muchos de mis queridos compañeros podrían consagrarse a la novela con mucho mejor éxito que yo, pero es lo cierto que no se consagran.

Ojalá fuera tan cierto lo que V. S. I. dice respecto de esa novela mía, de la cual se publicará el segundo tomo en breve. Asegura V. S. I. que "no hace muchos días recibieron los alumnos de una cátedra de Derecho un libro SATURADO de erotismo, de escarnio a las prácticas cristianas (ESCARNIO A, no es castellano, ilustrísimo señor; pero sigo copiando) y de alusiones injuriosas". Por lo que sé que se ha dicho de mi novela titulada *La Regenta* y porque me consta que a ella se refiere V. S. I., me doy por aludido; no por la exactitud de las señas. La cátedra de Derecho a que se alude debe ser la del autor, la mía, la de Derecho romano, y en ella es donde V. S. I. asegura que se repartió un libro saturado de tres cosas como GALARDON y ESTIMULO. Señor obispo, por desgracia, no hay una sola palabra de verdad en todo eso. Y digo por des-

gracia porque fuera preferible, para la causa de la moralidad y de la religión, que yo, un lego pecador, cometiese la tontería imprudente de repartir en cátedra libros de AMER-NA LITERATURA, un tanto peligrosa para jóvenes de quince años (poco más que *proximi pubertati*); digo que sería preferible que yo cometiese tan insigne imprudencia a lo que ha sucedido, a saber: *que un señor obispo afirme en una pastoral hechos absolutamente falsos*, con gran detrimento de la honra de un catedrático que ha ganado por oposición, en buena lid, su cátedra, el pan de su familia, y pudiera ver en peligro su propiedad, merced a un expediente, si no tuviese medios de probar que V. S. I. se ha hecho eco, de seguro sin mala intención, de una calumnia infame y estúpida.

No sé la idea que tendrá V. S. I. de mi palabra de honor y del Dios en quien creo; pero por lo que valga, juro por Dios, y empeño mi palabra de honor que es absolutamente falso cuanto dice la pastoral sobre el reparto de libros en cátedra. Ni dentro ni fuera de la cátedra he dado a uno solo de mis discípulos, cuanto más a todos, un solo ejemplar de mi novela; ni por accidente la he mentado en clase. De NOVELAS se habla allí mucho; pero es de las que publicaron Justiniano y otros Emperadores, señor ilustrísimo. Y vuelvo a jurar lo jurado.

Pero, como, a juzgar por otro pasaje de la pastoral, V. S. I. no tiene muy buen concepto ni de mi honor, ni de mis creencias, tengo pruebas de otra índole, a las que el más obcecado en calumniarme tendría que rendirse. Por indicación que no fue mía, y acogiendo la idea con entusiasmo, todos los discípulos que asisten a mi cátedra han suscrito una declaración desmintiendo categóricamente la afirmación calumniosa de que sin querer V. S. I. se ha hecho eco. Me consta que esa declaración, seguida de 29 firmas, las de toda la clase, ha llegado a manos de V. S. I., y a esta prueba me atengo.

Si no fuera tal vez falta de respeto entraría yo aquí ahora a pasmarme de que una persona tan ilustrada como el obispo de Oviedo, que también debe conocer el corazón humano y el comercio de libros de España, haya podido creer que un autor de novelas, que de venderlas vive (y

si no come de eso, por lo menos de eso cena), había de volverse loco hasta el punto de regalar ejemplares de su obra a todos los estudiantes de su cátedra.

Veintinueve o treinta ejemplares de galardón. ¡Ah! ilustrísimo señor. Ni yo tengo tantos discípulos dignos de premio, ni llega a tanto mi munificencia. A tres o cuatro alumnos distinguidos suelo regalarles a principios de curso un librito mío, didáctico, que se titula *El Derecho y la moralidad*, porque esto me parece mejor que mandarles comprarlo. Pero ese opúsculo, que también regalaré a V. S. I., si quiere honrarme aceptándolo, no es erótico, ni en él se habla de más clérigos que de Santo Tomás de Aquino, Tapparelli y otros así, a quien pongo en los cuernos de la luna, como ellos se merecen y V. S. I. sabe perfectamente.

Por lo demás, yo creo que mi novela es moral, porque es sátira de malas costumbres, sin necesidad de aludir a nadie directamente. Ni para bien ni para mal aludo a nadie. Así, por ejemplo, entre mi obispo don Fortunato Camoirán y el actual obispo de Oviedo nadie podrá ver ni el más remoto parecido. V. S. I. usa coche; mi don Fortunato no lo tiene; mi Camoirán gastaba zapatos remendados, y V. S. I. calza bien. Las virtudes que yo me complazco en reconocer a V. S. I. serán superiores a las de mi don Fortunato, pero son otras. Mi Camoirán más se parece, por ejemplo, al inolvidable Benito Sanz y Forés, arzobispo de Valladolid, digno antecesor de V. S. I. Pues si bajamos algo más en jerarquía encuentro que mi don Fermín de Pas, canónigo y profesor, no se parece a ningún señor canónigo de Oviedo, pues yo atribuyo a mi héroe imaginario unos vicios que aquí nadie tiene, un talento que tendrán muchos prebendados de aquí, pero no en el grado superior, casi de genio que yo me complazco en atribuir al hijo de mi fantasía. En cambio, de Barcelona, de Canarias, de Zaragoza, de Murcia, me han escrito que había muchos clérigos parecidos a los míos. Vea V. S. I. lo que son las cosas y las aprensiones.

Lo que sí espero es que, dejando la pastoral como está, por lo que respecta a los insultos que V. S. I. me prodiga, y que, por venir de quien vienen, perdono, y, además ni pinchan ni cortan, pues a un señor Obispo no se le pueden ni deben pedir satisfacciones en otro terreno, digo que, de-

jando la pastoral como está, con todas sus SATURACIONES, espero que V. S. I. se digne, de acuerdo con el espíritu y la letra del Evangelio, rectificar la afirmación falsa de que dejo hecho mérito. En cuanto a la forma de la rectificación que suplico, es claro que V. S. I. ha de escoger la que más le agrade. Pero seguro estoy de que preferirá las más adecuada; y, ya que público e impreso va a noticia de la diócesis el error, lo justo es que la verdad que lo borre sea vista por el público en letras de imprenta. Mas como no merece el asunto otra pastoral, ni creo que se use escribir fe de erratas en pastorales (siendo lo corriente pensar y corregir bien las que se publican), es evidente que, preferible a todo, sería una sencilla rectificación por conducto de la Prensa, de la cual me valgo yo también mandándole copia de esta larga epístola, que así fuera tan respetuosa en la forma como lo es en la intención mía.

Y ¿quién será el calumniador que le fue a V. S. I. con el VENTICELLO, como diría don Basilio? (Retiro la cita si es irreverente.) Mal debe de quererme a mí ese infame, pero de fijo es enemigo mortal de V. S. I. *He aquí un tipo bueno para otra novela de costumbres OVETENSES*, señor obispo. Por lo demás, no debe V. S. I. tener pena por lo sucedido, porque de hombres es el errar, aunque sean obispos. Otra cosa sería si V. S. I. hubiera llegado a la silla de Pedro (como yo deseo), porque entonces la equivocación produciría mal efecto.

Y concluyo, al fin, señor obispo, besando las preesas que sea de rúbrica besar en tales casos; que pienso que son el anillo por lo que toca a lo devoto y por lo que a la cortesía importa, la mano. Y, además, soy de V. S. I. afectísimo s.s,

Leopoldo Alas". (7)

La aparición de *La Regenta* también dió lugar a un famoso altercado entre Clarín y Luis Bonafoux. El mismo año de 1885, este crítico lo llamó plagiaro y afirmaba que varias obras de nuestro novelista sólo eran malas copias de obras famosas. Sus acusaciones fueron las siguientes: un cuento de *Solos de Clarín*, tomando de la obra de Zolá, *Pat-*

(7) SANTULLANO, LUIS. op. cit.

bouille; *La Regenta y Zurita*, mala traducción de *Madame Bovary* de Flaubert; y, por último, el bellissimo cuento *Pipá* calcado de *Periquín* de Fernanflor.

Al enterarse Clarín de esta difamación, se apresuró a contestar a Bonafoux; con esa respuesta resultó uno de sus más conocidos Folletos literarios, titulado *Mis Plagios*.

En este escrito explicó el autor de *La Regenta* las causas por las cuales existía entre los dos tanta antipatía. Ambos colaboraban en el *Solfeo*, y pronto notó Clarín que aparecían unos artículos firmados por Bonafoux, alias Aramis, en los cuales se copiaba su estilo; naturalmente sintió gran disgusto. (Años después, Bonafoux le envió su libro *Mosquetazos de Aramis*, solicitando una opinión; fue entonces cuando Clarín se vengó de su antiguo imitador, desmostrando todo su desprecio al no comentar dicha obra.)

Después de contar lo anterior, demostró las falsedades de las acusaciones de Bonafoux, pues en primer lugar *Solos de Clarín* se publicó un año antes de que apareciera la obra de Zolá, y por lo tanto no pudo haber copia alguna; también hizo ver las diferencias tan grandes que existían entre Carlos Bovary y Zurita, y que lo único semejante de las dos obras es el hecho de que cuando llegaron a la clase ambos protagonistas y tuvieron que hablar públicamente, fueron molestados por sus compañeros, quienes les arrojaron bolitas de papel. Para probar que no era plagario, confesó que su personaje estaba inspirado en "... un caballero tan honrado como sencillo, que vive, y no lejos de mí, y no puedo nombrarle por mil razones; esto poco puedo decir porque supongo que él no leerá papeles míos de vaga y amena literatura; pero dar más señas es ilícito. El profesor de mi cuento existió también, y el chiste, o lo que sea, de" ... lo que es conocimiento en Valencia, es rigurosamente histórico" (8)

Asimismo, presentó pruebas de que Pipá estaba tomado del natural, pues "... vivió y murió en Oviedo; fue tal como yo lo pinto, aparte las necesarias alteraciones a que el arte obliga" (9)

Y para terminar, Clarín dió a conocer cuáles periódicos

(8) ALAS, LEOPOLDO. *Mis Plagios*, en *Folletos literarios*, ed. cit., p. 38.

(9) *Ibidem*. p. 16.

franceses, norteamericanos, italianos, portugueses, suizos, etc., habían elogiado *La Regenta*, y que ninguno había opinado que existiera semejanza entre ésta y *Madame Bovary*; y que en cambio, Bonafoux, tan sólo porque en las dos novelas aparecían un esposo, una dama y un amante, en una representación teatral, creyó que eso era sin duda una indigna copia.

A pesar de que este incidente debió causarle gran enojo a Clarín, sus lectores de hoy nos alegramos de que así sucediera, porque al escribir *Mis Plagios* nos aclaró mil dudas que existían sobre *La Regenta*: tales como que el teatro que describe en la novela estuvo inspirado en el "coliseo" de su pueblo; que el comportamiento de sus asistentes era una pintura fiel de lo que el joven Leopoldo Alas presencié durante su estancia en Madrid y en Oviedo; y que la idea de que una parte de la obra se desarrollara en el teatro, se debió a la promesa que Clarín hizo a Zorrilla, para demostrarle la admiración que tenía al *Don Juan Tenorio*.

Después de aclarar tanta falsedad, Clarín invitó a Bonafoux a someter sus acusaciones al fallo de un tribunal de honor literario. Y le advirtió que en caso de resultar inocente, el difamador le pagaría 1,250 pesetas con arreglo al artículo 474 del Código Penal.

Como era natural, ésta polémica tuvo como resultado que aumentara la popularidad de *La Regenta*, y que eruditos y profanos expusieran las más diversas y, a veces, erróneas opiniones.

La opinión más generalizada la calificó como la novela más naturalista de su época; pero aunque en varios pasajes hay muestras de esta corriente, Clarín nunca llegó a las exageraciones y atrevimientos característicos de las obras de Zolá, que tanto influyeron en sus contemporáneos. Podríamos decir que este naturalismo es naturalismo recortado, español, "clariniano", por decirlo así, que huye de las crueldades y describe minuciosamente y con gran sinceridad. *La Regenta* pinta en todos sus aspectos y con lujo de detalles, la vida de la ciudad ovetense, con sus viejas costumbres y rutinas, las cuales se resiste a cambiar por las novedades de otras capitales.

Al lado de aquellos que la llamaron naturalista, hubo otros que la colocaron en el grupo de novelas realistas, y otros más que insistían en que era psicológica; pero poco a poco, estas voces fueron apagándose, pues fue prohibida su venta y hasta su lectura, y algún tiempo apenas se habló de Clarín.

Pero a mediados de este siglo, y con motivo del centenario de su nacimiento, se empezaron a hacer nuevas publicaciones de sus obras, gracias a las cuales ha sido redescubierto a las letras españolas, y se ha hecho justicia al autor olvidado durante tantos años, dándonos la oportunidad de conocerlo y gozar con el incomparable arte de sus producciones.

LA INFIDELIDAD DE ANA

Esta novela es la historia de Ana Ozores, la Regenta, esposa de don Víctor Quintanar, ex-regente de Vetusta, y una mujer admirada y envidiada por su belleza y bondad.

A pesar de pertenecer a la alta sociedad, prefiere vivir alejada de ella; sus amistades son escasas, pues siente cierta repugnancia hacia las bajas costumbres y vicios. Tampoco es mojigata. Frecuenta la iglesia, asiste a algunas ceremonias religiosas, hace obras de caridad, pero siempre discreta y moderadamente.

Al tener por confesor a don Fermín, el Magistral, empieza a cambiar su vida. Este, inconscientemente, la desea, y le pide mayor piedad y obediencia, tratando así de tenerla cerca y sujeta a su voluntad; desea mostrar su dominio ante todos los vetustenses, y ganársela a don Alvaro, quien por ser el prototipo del don Juan madrileño, experto en toda clase de amoríos, es codiciado por las mujeres.

— La vida en Vetusta transcurre entre fiestas sociales y religiosas, paseos, tertulias, etc., y durante estos acontecimientos, los dos rivales buscan la manera de obtener a Ana. El orgullo los mueve a actuar, así como el miedo de que la sociedad de Vetusta los vea vencidos. —

Constituye la historia el relato pormenorizado de los medios de que se valen don Fermín y Alvaro para hacerla suya; sus pasiones, odios, intrigas, y la desesperación de

ella al sentirse caer poco a poco en sus manos, son un interesante aspecto de esta novela.]

Por fin, después de grandes luchas consigo misma, Ana se aparta del Magistral, para amar por primera vez en su vida al hombre que le promete goces y placeres infinitos.]

Es entonces una adúltera más, en la novela del siglo XIX, y sin embargo ofrece poca semejanza con sus compañeras de pecado. Ni Ema Bovary, ni Luisa del *Primo Basilio*, ni Ana Karenina, etc., despiertan el interés y la compasión que ella. Pocas protagonistas luchan más que la Regenta para conservarse fiel, y ninguna vive en una sociedad tan perversa y tan deseosa de verla caer.

La personalidad de Ana es sumamente complicada, y a ello contribuyen la absoluta incomprensión que siempre la rodeó. En cada una de sus apariciones en la novela vamos entendiendo mejor las razones de su proceder y admirando el profundo conocimiento que tuvo Clarín del alma femenina.

Hay un capítulo clave para conocer a la Regenta, en el cual nos relata los principales acontecimientos de su infancia y juventud. El autor cuenta hechos de la vida pasada de la protagonista, para explicar las causas de su conducta ulterior y también para enmarcar su personalidad. Para esto se vale de los recuerdos que ella evoca en diferentes ocasiones, como por ejemplo con motivo de su confesión general, en que la Regenta medita sobre lo que ha sido su vida, hace recuerdos de sumo interés, y en breves párrafos explica las causas de su conducta actual.

Poco a poco queda presente el cuadro completo de su historia y la clave de su carácter:

Una niña huérfana, incomprendida, carente de cariño y alegrías, que procura olvidar sus tristezas echando a volar su imaginación, forjando atrevidas aventuras en compañía de su amigo Germán. "...sus lágrimas se iban secando al fuego de la imaginación, que le caldeaba el cerebro y las mejillas". (10)

Mas la infame mentira que surge en torno a su amistad con Germán cambia su carácter, y la niña alegre, cariñosa,

(10) ALAS, LEOPOLDO. *La Regenta*, ed. cit., I p. 77.

decidida, se torna huraña, fría y desconfiada ante cualquier manifestación espontánea de los hombres. Además se sujeta ciegamente, pero sin fe, a esa conducta moral que injustamente le imponen.

↳ Deseosa de cariño y en busca de él, acepta como esposo a don Víctor, quien le da no el amor apasionado que ella necesita, sino una ternura de padre que nunca le satisface.

Para llenar el gran vacío de su corazón, se entrega al fervor religioso, y busca en la Virgen el amor maternal que le hace falta; pero su fe no es verdadera, sino exaltación, enternecimientos repentinos, esfuerzos de su imaginación.

Este aspecto de la vida de Ana, tan bien comprendido por Clarín, lo presenta como un sentimiento que no llega a ser ni piedad ni religión. Es locura, deseo de tener el amparo de la religión para luchar con los peligros de su estado y acabar con tristezas, ansias, miedo de un futuro incierto.

En *Madame Bovary* la protagonista busca un refugio semejante al sentir el "... agobio que produce la repetición de una misma vida, cuando ningún interés la encauza y ninguna esperanza lo sostiene" (11)

También Ema se entrega a la religión con un fervor tan exagerado que el mismo sacerdote teme se convierta en herejía. En la señora Bovary hasta su mal humor mejora y se torna en una mujer caritativa, paciente, buena.

Naturalmente que en ambas mujeres dura poco esta clase de vida, pues no hay piedad acendrada, sólo el deseo inconsciente de olvidarse de todo.

A la Regenta los sueños ya no la alivian, y entonces, ante la convicción de que ni su falsa religión ni su marido le bastan, y ante la sensación de que se ahoga en esa cárcel que es Vetusta, pierde las pocas fuerzas que le quedan y se entrega al amor de Mesía.

Una tristeza inmensa la hace comparar su vida encerrada, aburrida, con ausencia absoluta del placer, con la de los pájaros, con la de los criados.

"Sólo ella no tenía amor" (12) Sentía una lástima pro-

--

(11) FLAUBERT, GUSTAVO. *Madame Bovary*. Calpe. Madrid, 1923.

(12) ALAS, LEOPOLDO. *La Regenta*, ed. cit., I p. 200.

Waver
206
PA

funda de sí misma, y se rebelaba ante tanta injusticia del destino. Decía observando a las aves: "Ese pajarillo, se ha cansado de esta sombra y se ha ido a buscar luz, calor, espacio. ¡Feliz él! Cansarse ¡es tan natural! Ella misma, estaba bien cansada de aquella sombra en que había vivido siempre". (12)

Quizá lo que más asusta es sentir que su juventud se acaba, que el hijo deseado nunca llegará.

Al conocer a Alvaro Mesía encuentra un interés en vivir; ya no será la existencia ordinaria, las mismas luchas, sino que tiene una tentación seductora. Para ella, la virtud sin tentación no tenía mérito; era su único placer, y además le infundía seguridad.

Camp Santa
"Bastante hacía con ~~no dejarse~~ ^{dejar} vencer, pero quería dejarse tentar! . . . se dejaba resbalar, gozándose en caer, como si aquel placer fuese una venganza de antiguas injusticias sociales, de bromas pesadas de la suerte. Vetusta había aplastado a su existencia entera con el peso de preocupaciones absurdas; la Vetusta que la había hecho infeliz . . ." (13)

Tantos sobresaltos y preocupaciones son ya demasiado para su espíritu débil; enferma y sufre accesos de fiebre y delirio.

Valeros y Clarín
Aprovecha Clarín estos padecimientos para hacer una original descripción y presentarnos claramente esas sensaciones tan raras, momentos especiales de una enfermedad que tan difícilmente pueden ser expresados.

Todo
Los accesos de fe ~~que le venían en su debilidad a la Regenta~~ las angustias y deseos de elevarse, son también bellamente expresados en sencillas pero emotivas líneas:

"El pensamiento de Dios fue entonces como una brasa metida en el corazón; todo ardió allí dentro en piedad; y Ana, con irresistible ímpetu de fe ostensible, viva, material; fortísima, se puso de rodillas sobre el lecho, toda blanca y ciega por el llanto, las manos juntas temblando sobre la cabeza, balbuciente, exclamó con voz de niña enferma y amorosa:

(13) *Ibidem.* I p. 219 y II p. 22.

—¡Padre mío, Padre mío! ¡Señor, Señor! ¡Dios de mi alma!—” (14) 6

Hay en estas palabras todo el fervor que puede sentirse en tales momentos; son pocas, muy usadas, y sin embargo ¡cuánto expresan! En estos minutos de entrega, de renunciación la intención es lo que vale, y esto lo captó perfectamente Clarín.

El estudio de su delirio es otra prueba de la gran imaginación del autor. Hace desfilar en la pesadilla a los monstruos propios de ella, pero hay además detalles significativos de la vida de Ana, como las larvas cubiertas de casullas de oro, capas pluviales y manteos, que con seguridad recuerdan al Magistral. 4

Asimismo, cuenta que le pedían besos, como los que Alvaro deseaba y solicitaba con los ojos. Describe también los hisopos húmedos en agua sucia, o sea el objeto destinado para algo santo y empleado en cosas impropias, como la vida de don Fermín de Pas.

No se contentó Clarín con inventar formas extrañas, seres fantásticos para explicar la pesadilla de Ana, sino que en cada imagen hay una segunda intención: los tormentos de toda su vida, las obligaciones que le impusieron aún a costa de sufrimientos, la burla y desconsideración de todos los que la rodeaban:

“Andrajosos vestiglos amenazándole con el contacto de sus llagas purulentas, la obligaban, entre carcajadas, a pasar una y cien veces por angosto agujero abierto en el suelo, donde su cuerpo no cabía sin darle tormento...” (15) ?

En Ana hay algo de poético, y aún se puede afirmar que de romántico: le emocionaban los balcones, las serenatas de trovadores, declaraciones a la luz de la luna. Suspiraba también por no haber vivido unos siglos antes, y gozaba con el *Don Juan* de Zorrilla, sintiéndose “. . . la hija del Comendador; el caserón de los Ozores era su convento, su marido la regla estrecha del hastío y frialdad en que ya había profesado ocho años hacia y don Juan ¡Don Juan!

(14) *Ibidem*. II p. 105

(15) *Ibidem*. II p. 105.

iterati-
dacia de
en momentos de
sus pensamientos de
al fuesen
clea regula -
los s
en los s
a s
de los s
humanas
monita
do a s
el lu
clar al
an en
no es
verte
era

“aquel Mesía, que también se filtraba por las paredes...”

(16) (8)

En ocasiones la presenta Clarín hasta cursi y ridícula: “Cuando nadie la veía, a hurtadillas, sin pensar lo que hacía, sin poder contenerse, como una colegiala enamorada, besó con fuego la paja blanca del canastillo. Besó las cerezas también... y hasta mordió una que dejó allí, señalada apenas por la huella de dos dientes”. (17)

Tiene accesos de alegría, cariño, actividad; gusta de carreras, gritos. En todo es extremosa, viva, exaltada. Lo importante de la anterior faceta de este personaje, es que lo romántico no se encuentra aquí, como en otras ocasiones, como burla de esta corriente. No, no es Ana Ozores el pretexto para ridiculizar la manera de ser de los personajes usados por autores anteriores a él; sino que tal vez inconscientemente Clarín muestra ciertas influencias todavía persistentes en él.

Además, no es ésta la única obra de Alas en que se nota algún sabor romántico, pues en sus cuentos se aprecian también aspectos semejantes.

Es raro que él haya caído en esta corriente pues como sus contemporáneos, trató de alejarse de ella. En esta novela nos dejó expresado aquello que en su época podía considerarse romántico:

“...todo lo que no fuese vulgar, pedestre, prosaico, callejero. Mirar a la luna medio minuto seguido era romanticismo puro; contemplar en silencio la puesta del sol... ídem; respirar con delicia el ambiente embalsamado del campo a la hora de la brisa... ídem; decir algo de las estrellas... ídem; encontrar expresión amorosa en las miradas sin necesidad de ponerse al habla... ídem; comer poco... ¡oh! esto era el colmo del romanticismo”. (18) en particular.

Si el anterior aspecto es importante, en el estudio de la personalidad de Ana no es de menor interés mencionar la notable forma en que está expuesta la batalla que sostiene consigo misma, para convencerse de la pureza del Magistral, en

la R y de don Luz en pepita, S

(16) Ibidem. II p. 39
(17) Ibidem. II p. 332.
(18) Ibidem, II p. 15

sin darse cuenta que ella ha sido, con su confianza y cariño inocentes, la causante de esa pasión.

Primero se indigna al conocer que bajo la sotana está el hombre capaz de amar y sentir celos; más tarde le inspira Fermín una gran compasión, y por fin cree que las dudas que tuvo se debieron a su malicia, pues se niega a aceptar las acusaciones tan tremendas que han surgido contra su "hermano mayor del alma" Todo esto, relatado con una serie de razonamientos y conclusiones que le dan más belleza al argumento, ya por sí estupendo.

Más que la actitud de Fermín, lo que aumenta el sufrimiento de Ana es el hecho de vivir entre necios, tontos, pobres de espíritu, en esa ciudad que ha aplastado su existencia y que la ha hecho infeliz; sus "amigas" también aumentan sus penas, pues son las encargadas de hacerla caer tan bajo como ellas.

Al final vemos cómo Alvaro Mesía, ayudado por Obdulia y Visita, realiza su capricho: seduce a la Regenta, y más tarde, después de matar a su marido en un duelo, huye, dejándola viuda y en la soledad más abrumadora.

VETUSTA

Uno de los mayores méritos que tuvo Clarín como novelista fue el estudio y examen de sus personajes. Desfilan a través de la novela los más variados caracteres y las personalidades más interesantes: mujeres livianas, clérigos indignos, cobardes tenorios, beatas hipócritas, ridículos solterones, etc.

Y con ser sorprendente el análisis que hizo Clarín de los protagonistas, es superior todavía la manera como presenta a la ciudad de Vetusta, que es la auténtica protagonista de *La Regenta*.

La influencia de esta ciudad en sus habitantes es definitiva e imprime en cada uno de ellos un sello único, decir vetustenses es pensar en hipocresía, disimulo, falsa piedad, y ésta es precisamente la personalidad de Vetusta.

Vetusta es la protagonista más bien estudiada y comprendida, como que fue la que verdaderamente conoció, la

Otro de los personajes de inmenso interés en esta obra es el Magistral Fermín de Pas, quien sostiene a través de la novela una batalla interna descomunal, debido a las pasiones y deseos que lo devoran.

Clarín escogió al Magistral, para criticar en él los vicios que presenció en algunos sacerdotes indignos, y como señal de desaprobación a esa vida poco ejemplar, exageró las faltas en Fermín, quien acaba por causarnos lástima al ver que no es un malvado sino un ser desgraciado.

En él resaltan la belleza física y la lucha interna entre el cumplimiento del deber y las tentaciones de la carne. Clarín lo hace poseedor de muchos defectos que se van conociendo a medida que habla y actúa.

Para Alas, hasta la mirada del Magistral tiene una significación muy especial: en ella notamos su dominio y aparente humildad; los estados de su alma también los expresa, a pesar de la gran facilidad que tiene de fingir.

Cuando despreciaba o cuando odiaba, de sus ojos comúnmente obligados a fingir humildad salía un resplandor que hería, que humillaba, y que pocos podían soportar por el miedo que les causaba; recibían en estos casos una “. . . sorpresa desagradable, como una aguja en una almohada de plumas” (21)

En realidad el Magistral empleaba conscientemente sus ojos recreándolos en lo que él consideraba sus posesiones. “Lo que él sentía en presencia de la heroica ciudad, era gula. . .” (22)

Su espíritu altanero se nos presenta queriendo dominar, desde las alturas del campanario, aquel conjunto de casas que él sentía suyas y a las que observaba de una manera provocativa, sarcástica y con dulzura aparente.

Imaginaba a sus habitantes como pequeños muñecos, y gozaba al ver y adivinar la pequeñez de sus cuerpos y almas. Porque él, también por medio del confesionario, conocía una “. . . Vetusta subterránea: la ciudad oculta de las conciencias”. (23)

(21) *Ibidem.* p. 7-I.

(22) *Ibidem.* p. 10-I.

(23) y (24) *Ibidem.* p. 248-I

Dice Clarín con su originalidad característica que el Magistral había hecho "el plano espiritual" (24) de esa población; es decir, conocía las faltas de sus feligreses, relacionaba sus pecados y antes que nadie, él presentía los sucesos y desenlaces de los problemas familiares.

Con gran sagacidad y malicia, aprovechaba disimuladamente estos secretos para conquistar, engañar, aborrecer y gozar del poderío que tenía en la mano, que tantos le disputaban pero que acabaría por poseerlo él solo.

Su refinamiento y orgullo llegaban al colmo de cuidar que sus penitentes no fueran pobres o plebeyos; así sólo escogía a aquellos que tuvieran cierta importancia o influencia en la sociedad.

Este deseo de tiranía espiritual y social lo encontramos también en el *Crimen del Padre Amaro*, de Queiroz, cuando el párroco desesperado de no poder poseer a la mujer que ama, desea ver humillados y desprestigiados a los que aborrece, mostrarles su superioridad, y valiéndose de sus relaciones, disponer del destino de sus enemigos.

Pero hay una diferencia tan marcada en la forma de presentarlos, que el padre Amaro resulta abominable, mientras que Don Fermín se convierte en un motivo más de interés.

En el primero son solamente arranques momentáneos, desahogo de sus celos, perversión; en el Magistral es una fuerza interna, inconsciente pero constante, que lo hace pensar y actuar para lograr su propósito.

En de Pas, el defecto dominante es la ambición, y en este mal tienen su origen todos los demás: el odio a sus semejantes, la avaricia, su orgullo, y hasta el amor a la Regenta, surgen por su mal deseo de mostrar a los vetustenses que él dirige a la mujer más bella de esa población.

Después de convertirse en su confesor, empezó ya a amarla; primero sin pensar siquiera en lo que pueda haber de pecaminoso, más tarde se oculta a sí mismo lo carnal de esa pasión y sólo le importa el goce que le proporciona. No quiere remordimientos de conciencia ni quebraderos de cabeza; desea saborear sin sustos esa emoción, la más fuerte de su vida.

Por su ambición vienen también sus enemistades con

el clero. Es sabido que ha hecho de la confesión un pretexto para atraerse a la Regenta, engañándola al convencerla de que sólo trata de ser un amigo con quien las penas se desahogan, se aclaran las dudas y se recobra la paz del alma.

Es también de Pas el hombre injusto, implacable, que descarga su cólera sin piedad en todos los débiles.

En las confesiones deja penitencias enormes sin haber oído siquiera las culpas, distraído en sus planes, terminando lo más rápidamente posible, desesperado de oír día a día lo mismo.

A los pobres curas de aldea los amenaza y castiga, y no queda tranquilo ni después de haber humillado al mismo señor Obispo.

Leopoldo Alas concibe al Magistral como un ser de gran inteligencia y astucia. Cada acto, cada palabra, denota una meditación profunda, toda la capacidad que el mismo autor posee, hasta el punto de hacer que este cura, a pesar de ser un hombre tan discutido en toda la ciudad por sus innegables culpas, pueda ocultarlas y aparentar virtudes que no tiene.

Temeroso de que las calumnias y murmuraciones en su contra (que son cada vez mayores) produzcan desconfianza en Ana, él se adelanta a ellas y atribuye la causa de sus pecados al mundo. Describe sus sufrimientos ante esa incomprensión, y queda ante los ojos de ella como un mártir, un héroe, obteniendo en cambio frases elogiosas de admiración y respeto por su santidad.

Por medio de los claros relatos que hace Clarín, nos damos cuenta de que Fermín actúa movido por un impulso inconsciente y consigue de ella lentamente grandes resoluciones, todo lo que se ha propuesto: dedicarla a obras piadosas, convertirse en el consejero exclusivo.

Todo el proceso amoroso de Pas con la Regenta presenta un gran interés y culmina con un amor trágico, hasta la locura de creer que es su mujer legítima, y se defiende desesperadamente porque considera que es la esposa que le pertenece por destino divino.

Ana "...era su mujer, su legítima mujer, no ante Dios, no ante los hombres, ante ellos dos, ante él sobre todo, ante su amor, ante su voluntad de hierro, ante todas las ternuras

de su alma..." Más adelante, lleno de furor, exclama:
"Oh, ¿quién es aquí el marido? ¿Quién es aquí el ofendido?
¡Yo! Yo que siento la ofensa, que la preveo, que la huelo
en el aire... no él, que no la ve, aún puesta delante de los
ojos..." (25) • □ (10)

Si el aspecto intelectual está tan bien presentado, igualmente lo está el físico; sólo como muestra de su estilo maravilloso, de su fina observación y originalidad; copio este trozo que es un verdadero retrato:

"De Pas no se pintaba ...no era pintura, ni el color de la salud, ni pregonero del alcohol: era el rojo que brota en las mejillas al calor de las palabras de amor o de vergüenza que se pronuncian cerca de ellas, palabras que parecen imanes que atraen el hierro de la sangre.

"En los ojos del Magistral, verdes, con pintas que parecían polvo de rapé, lo más notable era la suavidad de liquen.

Los labios, largos y delgados, finos, pálidos, parecían obligados a vivir comprimidos por la barba que tendía a subir, amenazando para la vejez, aún lejana, entablar relaciones con la punta de la nariz claudicante. Por entonces no daba al rostro este defecto apariencias de vejez, sino expresión de prudencia de la que toca en cobarde hipocresía y anuncia frío y calculador egoísmo. Podía asegurarse que aquellos labios guardaban como un tesoro la mejor palabra, la que jamás se pronuncia. La barba, puntiaguda y levantisca, semejaba el candado de aquel tesoro". (26)

Mas si en don Fermín la ambición es el defecto característico, en su madre, doña Paula, es la codicia.

En el tipo clásico de la madre enérgica, decidida y autoritaria que reacciona admirablemente para defender a su hijo. No hay en ella sentimentalismos, ni ternuras maternas, sólo consejos meditados fríamente, reprensiones durísimas y actos propios de una mujer calculadora, astuta y de grandes alcances, que ve las consecuencias antes que nadie, y que adora a su manera.

(25) *Ibidem.* pp. 352 y 393-II

(26) *Ibidem.* p. 7-I

Es el tirano de Fermín, un tirano querido pero insoportable; él la ve siempre firme, implacable, déspota y, para colmo de sus penas, no lo comprende. Existe entre los dos una gran barrera que impide cualquier confianza: esta barrera es el temor a su madre, el miedo que siente de que fueran descubiertas sus intenciones, por esos ojos escrutadores, temibles.

La situación entre Fermín y su madre es muy especial. Por una parte el interés de ambos está presente en los asuntos del obispado, y por otra, el mismo Fermín siente asco y vergüenza ante el abundante dinero que maneja su madre, y que en tan pocos años ha acumulado.

El concepto que de "este trabajo" tiene doña Paula, está admirablemente expresado en estos párrafos:

"Ella se figuraba la diócesis como un lagar de sidra de los que había en su aldea; su hijo era la fuerza, la viga y la pesa que exprimía el fruto, oprimiendo, cayendo poco a poco; ella el tornillo que apretaba; por la espiga de acero de su voluntad iba resbalando la voluntad, para ella de cera, de su hijo; la espiga entraba en la tuerca, era lo-natural."
(27)

El origen de la sumisión del señor Obispo a doña Paula, lo encontramos en los días en que ésta fue su ama de llaves; desde entonces impuso sus gustos y caprichos, hasta hacer de él un pobre hombre sin voluntad.

Es un caso semejante al que nos presenta Pérez de Ayala en su *Belarmino y Apolonio*. En esta novela, es la duquesa la que gobierna los actos del Obispo, abusa también de su santidad, de la debilidad de su carácter, y de la gratitud que el cura siente hacia ella.

Ambos escritores, así como Queiroz en *El Crimen del Padre Amaro* y otros de esa época, sostienen que los altos puestos eclesiásticos se obtienen, no por el grado de virtud y santidad de cada sacerdote, ni menos por disposiciones para ese cargo, sino que lo único que vale son las influencias y el poder. Los conceptos anteriores fueron expresados con mucha frecuencia por autores españoles del siglo XIX.

(27) *Ibidem*. p. 265-I

exp
necesitan con frecuencia en Santa, se vive en un ambiente
favorable para que ello ocurra. La R. conocerá una prueba
etc

Dice la duquesa al Padre Pedro Guillén, en *Belarmino*
y *Apolonio*:

enc "Poco hemos de poder mi marido y yo si no te hacemos
Obispo". Y más adelante:

"Cuando sea menester, sabrás remangarlas". (28)

¡aja!
Alas pone en los labios del Magistral esa misma idea,
cuando relata cómo ese sacerdote se daba cuenta de que los
puestos codiciados se obtenían solamente por intrigas, adu-
laciones e influencias. Pero él no obstante sentirse humilla-
do por no ver cercano su ascenso, no recurría a su dinero
para lograrlo, sino que su orgullo lo ayudaba a esperar inú-
tilmente que su talento fuera reconocido y recompensado.

Para el Padre Amaro, el personaje de Queiroz, la ayu-
da consistió también en recomendaciones de miembros im-
portantes de la sociedad, como de la hija de la marquesa y
el ministro.

✓ ~~Muy importante en la vida de Ana, pero carente de una
verdadera personalidad, aparece don Alvaro Mesía, el Te-
norio de Vetusta: un figurín madrileño corrompido, aristó-
crata, conecedor del lado débil de cada mujer y atractivo
aún en sus mismas infamias.~~

✓ No amaba a Ana; lo que más lo excitaba a buscarla era
la idea tonta que tenía Vetusta de la virtud de ella, creencia
que él también aceptaba aunque con disgusto. Alas lo con-
vierte en el don Juan moderno amado por todas las muje-
res, a las cuales causa estragos. Desea a la Regenta porque
ella no cede; a las otras solamente por no perder ante las
vetustenses su fama de tenorio inmejorable.

✓ Pero al ver la resistencia de la de Ozóres se siente hu-
millado, y desea reivindicarse ante sus amigos. El mismo
quiere convencerse de que su talento y belleza física aún tien-
nen poder.

✓ Es un tipo tan especial, que también en los hombres
ejerce una fuerte influencia: lo consideran un maestro, y él,
halagado ante esa admiración mezclada con envidia, relata su
técnica amatoria en que interviene la audacia y la fortuna,
la constancia y astucia, así como la rapidez en el ataque.

--
(28) PEREZ DE AYALA, Ramón, *Belarmino y Apolonio*. Editorial Saturnino
Calleja, Madrid, 1921.

Son sus lemas: "Yo y la ocasión". "Más hace la ocasión que la seducción. La seducción debe transformarse en ocasión". (29) ①

Una de sus formas era conquistar a los parientes de la mujer deseada: jugar con los niños, ayudar a la madre, escuchar con fingido interés al padre, y por fin, después de la deshonra, su cobarde huída.

Es Mesía el verdadero don Juan del siglo, que vence como puede. Es romántico, caballeresco, pundonoroso, cuando conviene; grosero, violento, descarado, torpe, si hace falta.

Pero lo que no confiesa, ni a sí mismo, es su cobardía. En todos sus actos falta valor; ese cuerpo gallardo, atractivo, oculta un espíritu miserable. Era falso, frío, vanidoso, y con un egoísmo que lo hacía incapaz de amar de verdad.

De las sirvientas también hace Alas un estudio de carácter muy acertado: son de origen humilde; pero su posición y trato con la sociedad, así como sus aspiraciones, las han hecho colocarse en un nivel muy superior.

En educación y modales no hay notoria diferencia con sus amos: se comportan como las señoritas; en moral y sentimientos, tan pobres son unos como otros; y en lo que se refiere a lenguaje, tampoco: éste es siempre correcto. Hacen falta esas frases incultas, populares, que tanta gracia les dan a los diálogos y una actuación menos refinada, más espontánea, característica de estos tipos humanos.

El papel que desempeñan estos personajes en la novela, es de suma importancia.

Petra, por ejemplo, conoce los secretos de todos, pues ha tenido relaciones con los tres protagonistas (Alvaro, don Fermín y don Víctor). Es esta mujer, el tipo de la criada interesada e intrigante que goza de la situación hasta convertirse en enemiga de todos.

Está presentada como un ser malvado, y tiene como principales defectos la envidia y la ambición. Su coraje lo descarga en Ana, pues ésta, por la repugnancia que siente hacia el vulgo, no la hace ni su confidente, ni le gratifica sus servicios.

Es un personaje muy semejante a la Juliana del Pri-

(29) ALAS, LEOPOLDO. *La Regenta*, ed. cit., p. 232-I

Porque en el mundo su destino no es tan apurado como en Ana Ozores, Santa en ciertos momentos tiene la posibilidad de rectificar y no, como cuando ~~se~~ ~~siempre~~ no rechaza a tiempo al antiguo amante impertinente y es sorprendida por el torero enamorado que de inmediato la rechaza.

✓ **mo Basilio.** Esta y Petra gozan viendo caer a sus amas, sintiendo que su prestigio depende de ellas, y felices ante sus temores y sustos, saborean con anticipación su venganza.

✓ **Alas** presenta tan enorme la degeneración y concupiscencia de Petra, que ésta no se entrega a D. Alvaro ni por amor ni por interés, sino por el deseo de tener relaciones con señoritos. *→ Santa está intimamente ligada al Viso.*

En torno a estos principales protagonistas, surgen muchos más, casi todos de gran importancia, pues los mismos caracteres débiles los hace objeto de la novela. Encuentra también en ellos la belleza, y aplica en los temperamentos indecisos toda su observación, hasta penetrar en lo más interesante, y lograr que actúen libre y armónicamente.

has de ir propios dos que

Son sus personajes tan simpáticos, tan auténticamente reales, que dan a la novela un sabor muy agradable. Dos de ellos, los más simpáticos, Obdulia y Saturno, están creados con un gran sentido del humor; tienen las características inconfundibles de los solterones y de las viudas jóvenes, tipos obligados en toda sociedad.

Obdulia es la mujer liviana, extravagante y alocada que coqueta igual con el jovencito que con el clérigo. Donde ella está, surge el escándalo. Saturno es un tipo cursi que, aunque culto, no lo es tanto como para creerse el gran sabio de Vetusta, Goza con hacer descripciones de los monumentos, dar informes sobre temas artísticos, y se considera irresistible con las mujeres, cuando exhibe sus conocimientos.

El gran amor del erudito es la Regenta. La considera un ser superior y secretamente le compone versos. Su actitud ante ella y otras mujeres es muy graciosa; primero, grandes deseos de poseerlas; insinuaciones, miradas lánguidas, suspiros, y cuando llega el momento de saber si es aceptado, se torna indeciso, tímido y prefiere emprender la retirada. Clarín se propuso, y logró, crear este personaje como prototipo de la ridiculez.

Tomando en cuenta que este trabajo se alargaría enormemente, si continuara presentando a todos los habitantes de Vetusta (aparecen 53 personajes), me limito a estudiar aquellos que considero de mayor importancia; pues creo que tanto unos como otros son muestra de la inmensa capacidad

que, como pocos, tuvo Clarín para crear tal variedad de caracteres, con tantos matices y peculiaridades. Es también necesario hacer notar la aptitud especial de adentrarse en las almas, para examinarlas, explorarlas, comprenderlas a la perfección, y darnos después una imagen maravillosa de ellas.

LA MORALIDAD VETUSTENSE

Al hablar de Leopoldo Alas como crítico y cuentista, se hizo alusión a la intención moralizante que existía en muchos de sus trabajos; pues bien, este mismo propósito, pero más definido y mejor logrado, se aprecia a lo largo de *La Regenta*.

Desde las primeras líneas saltan a la vista los vicios de los vetustenses, los cuales son objeto de una crítica constructiva. Es importante notar que Clarín quiere hacer resaltar desde el primer capítulo el ambiente de pecado que invade a Vetusta, y así, de los seis personajes que menciona el autor al empezar la narración sólo uno (y éste sin interés en el desarrollo de la obra) se salva de ser censurado por sus faltas. En Celedonio, Clarín reprueba su afeminamiento; en el Magistral su altanería, codicia y vanidad; en D. Custodio, su envidia; en Obdulia, su descaro; en Saturno Bermúdez, su hipocresía; y, en la Vetusta rica, la falta de caridad para los pobres, quienes tienen que vivir en las casuchas de tierra, las cuales se “..enchufan y saltan unas sobre otras, y se meten los tejados por los ojos, o sean las ventanas. Parecen un rebaño de retozonas reses que apretadas en un camino brincan y se encaraman en los lomos de quien se encuentra delante”. (30)

Lo dicho del primer capítulo se puede repetir acerca de los restantes; pues desfilan en ellos todos los vicios y defectos de la humanidad, aunque presentados con exageración. Esta exageración se debe al deseo de Clarín de hacer notar lo negativo y desagradable, para lograr lo que quiso toda su vida: el mejoramiento moral, espiritual y cultural de España.

En la primera parte de la novela, Clarín hace la pre-

(30) ALAS, LEOPOLDO. *La Regenta*, ed. cit., p. 15 I

sentación de sus personajes: se introduce en ellos, analiza sus pasiones e investiga las causas, creando después la gran variedad de pecadores que integran Vetusta: hombres y mujeres, jóvenes y viejos, ricos y pobres, dejan ver sus miserias morales; unos a otros se desprecian, envidian y desean el mayor mal posible. El defecto dominante en los vetustenses es la hipocresía:

X
D. Fermín, a pesar de darse cuenta de su indebida pasión, se muestra ante la Regenta como un ser espiritual y noble que solamente desea la salvación de ella; doña Paula, que se imagina los lios de su hijo Fermín, lo observa, investiga, pregunta, pero ante él disimula y aparenta tranquilidad; don Víctor, cansado de las enfermedades y estados nerviosos de Ana, finge interesarse por ella, pero en lo único que piensa es en irse a dormir; Obdulia y Visitación, "amigas" de Ana, le demuestran cariño y la buscan con la única intención de perderla; Alvaro engaña a Paco, su íntimo amigo, contándole que lo que siente por la Regenta es verdadero amor y no capricho; "Glocester" disfraza su envidia hacia el Magistral, con sonrisas y frases corteses; don Saturno sale por las noches en busca de aventuras, pero ante la gente es el hombre recto, caballeroso, incapaz de nada criticable; Camila, el aya, es amable con la Regenta, mientras tiene interés por don Carlos, mas cuando pierde las esperanzas de ese amor, se venga en la pobre Ana; Petra, sirvienta de los Ozores, goza con los sufrimientos de la Regenta, pero es servil y atenta mientras le conviene; las señoritas Ozores, aunque cansadas de mantener a su sobrina Ana, aparentan ser sacrificadas y bondadosas, y le aconsejan practicar el arte del disimulo; Ronzal trata con diplomacia a Mesía, aunque lo aborrece y teme; y la misma Regenta disimula el desprecio que siente hacia todos los vetustenses, y los trata con amabilidad.

Además de la hipocresía, la envidia acompaña a varios de los protagonistas, y sobre todo a Visita, que . . . "quería precipitar a la Regenta en el agujero negro donde habían caído ella y otras. "Admiraba a su amiguita, elogiaba su hermosura y su virtud; pero la hermosura la molestaba como

a todas, y la virtud la volvía loca. Quería ver aquel armiño en el lodo” (31)

Ronzal envidia en todo a Mesía: su ropa, porte, cultura, y principalmente el éxito que tenía con las mujeres; D. Custodio sufre al ver que el Magistral es admirado y solicitado por todas las damas elegantes de Vetusta, las cuales suspiran ante su elegante presencia.

Son los aristócratas aquellos a los que más duramente critica Clarín. Ellos se reúnen en la casa de los marqueses de Vegallana, en la cual se puede actuar libremente. La marquesa se ufanaba de tener la cualidad de la tolerancia. “. . . sabía que en su casa se enamoraban los jóvenes un poco a lo vivo. A veces, mientras leía, notaba que alguien abría la puerta con gran cuidado, sin ruido por no distraerla; levantaba los ojos: faltaba Fulanita, bueno ¿y qué? Seguía leyendo. Y pensaba: todos son personas decentes, todos saben lo que se debe a mi casa, y en cuestión de *peccata minuta*. . . , allá los interesados. Y encogía los hombros”. Todo lo admitía siempre y cuando tuvieran la discreción y prudencia de Alvaro. “Entre monjas podría vivir este hombre sin que hubiera miedo de un escándalo”. (32)

El marqués Vegallana aceptaba las disposiciones de su mujer; sólo le interesaba poder salir periódicamente a las aldeas, donde tenía incontables hijos ilegítimos.

Y el guapo marquesito aprovechando estas libertades, gozaba de la vida; enamoraba a las elegantes señoritas, “jugaba” con las sirvientas, y expresaba sus inmorales ideas, cada vez que había oportunidad: “Sólo el amor fuerte, invencible podía disculparlo todo”. “Una mujer casada peca menos que una soltera cometiendo una falta, porque, es claro, la casada . . . no se compromete”. “¿Qué daño se hace a un marido que no lo sabe?”, etc. (33)

De la casa de los Vegallana, se contaban horrores, y sin embargo todos los jóvenes que no eran invitados a ella, suspiraban por tener la oportunidad de hacer lo mismo que los elegantes. Clarín describe la clase de juegos que practi-

(31) *Ibidem.*, p. 189-I.

(32) *Ibidem.*, p. 174-I

(33) *Ibidem.*, p. 164-I

caban esos muchachos: Todos habían tomado y se mostraban excitados. "Paco pellizcaba sin compasión a su prima, y ella despedazada los brazos de Paco; Joaquín Orgaz, que había conseguido aquella tarde algunas ventajas positivas en el amor siempre efímero de Obdulia, pellizcaba también; y había carreras, tropezones, voces, aprietos, saltos, sustos, sorpresas". Y Clarín, imaginándose que el lector puede creer que esto es exagerado, aparece de pronto en la narración y afirma "... y la verdad histórica exige que se declare, por más que parezca inverosímil, que muy a menudo aquellos chicos que corrían como locos todos juntos por la estrecha galería... caían al suelo en confuso montón". (34)

Clarín presenta además de las faltas anteriores, otras no menos criticables, como la malicia, la crueldad, la lujuria, el interés y, sobre todo, la ausencia de vocación religiosa en varios de los clérigos.

Censura Clarín duramente a las personas que, con una voluntad superior, obligan en cierta forma a los jóvenes a seguir una carrera que no desean, y les dan un concepto equivocado de lo que es en realidad el sacerdocio, ocultándoles la nobleza y santidad de tal estado. Y como consecuencia de lo anterior, resultan sacerdotes indignos que no pudiendo dominar lo humano que hay en ellos, desean el amor terrenal. Este problema fue muy estudiado en el siglo pasado, por Valera en *Doña Lux*; por Queiroz en *El crimen del Padre Amaro*; por Zola en *La Falta del abate Mouret*; por Palacio Valdés en *La Fe*; y por Pérez Galdós en *Tormento*.

Tanto el Padre Amaro como don Pedro Guillén, de *Belarmino y Apolonio*, y el Magistral don Fermín, fueron conducidos a ese camino, sin darse cuenta de lo que hacían. En los tres casos, son mujeres las que deciden la carrera de los jóvenes, y ninguna con la intención de ayudarles a salvar su alma ni de rodearlos de un ambiente moralmente favorable. Su intención es otra muy diferente: prepararlos a una vida rodeada de comodidades, fama, porvenir e influencias en cualquier medio social.

Por ejemplo, para el Padre Amaro, el seminario no sólo

—
(34) *Ibidem.* p. 357-II.

era el lugar que le estaba destinado por la marquesa, sino que significaba su libertad y la terminación de la vida tan cruel que le daba su tío. Sin pensar si ésta sería o no su vocación, no le disgustaba imaginarse en una situación como la de los sacerdotes que él conocía.

En *Belarmino y Apolonio* dice la marquesa a Pedro: "He determinado que seas cura. Hoy por hoy, hijo mío, los curas son los hombres que en España cuentan con porvenir más halagüeño, máxime si tienen aldabas. A un gagnápiro con faldas se le admitirá en las mejores familias, aunque no posea un céntimo, no lo desdeñarán los más ricos, aunque sea un sandio, lo escucharán los políticos y los académicos, aunque sea más feo que Picio, le mirarán hasta con embeleso las más hermosas mujeres. Todo depende de que él sepa manejarse". (35)

[Naturalmente que Clarín hace opinar a doña Paula de una manera semejante, cuando siente disgusto de ver la gran diferencia de posiciones económicas que existía:

"El cura no trabajaba y era más rico que su padre y los demás cavadores de las minas. Si ella fuera hombre no pararía hasta hacerse cura". (36)]

Se duele nuestro autor de las terribles consecuencias que trae esa imposición de que son víctimas los jóvenes, pues en vez de consagrarse al sacrificio, a la virtud y al éxito de las causas nobles, se ven sujetos a una vida que no esperaban, y que les parece cruel e insoportable.

Pensaba don Fermín: "...su madre al meterle por la cabeza esa sotana, le había hecho tan desgraciado, tan miserable, que él era en el mundo lo único digno de lástima". (37)

También aprovecha Alas esta novela, para censurar de una manera dura a aquellos padres que "convencen" a las hijas de las ventajas que tiene la vida religiosa. Lo hace por medio de la familia Carraspique, personajes típicamente

35) PEREZ DE AYALA, RAMON *Belarmino y Apolonio*. Editorial, Saturnino Calleja Madrid, 1921.

(36) ALAS, LEOPOLDO. *La Regente*, ed. cit., p. 376-I.

(37) *Ibidem*. p. 393-II.

provincianos: "mochos", escrupulosos en costumbres y modas, y de un criterio estrechísimo.

Casi obligan a sus hijas a escoger este camino pues les muestran sólo el aspecto malo y aburrido de la vida, y las hacen creer que lo verdaderamente atractivo y perfecto sólo se halla en el convento.

Clarín añade a esta crítica la nota inesperada e irónica característica de su estilo:

Una hija de los Carraspique obedece a sus padres y más tarde muere como consecuencia de una enfermedad adquirida en el monasterio (que en esta novela es un sitio insalubre).

La manera de referir el dolor de la madre es desconcertante. En un principio parece que se trata de un trozo sentimental, doloroso, ante la gran pena causada por la muerte de la muchacha; pero nos encontramos de pronto con la gracia y simpatía de su estilo. Dice: "Una lágrima de las pocas que tenía, rodó por el rostro de la señora de la casa. Más estético y más simétrico hubiera sido que las lágrimas fueran dos..." (38)

No obstante que Alas nunca ocultó sus ideas anticlericales, se sabe que tuvo amistad íntima con el Obispo de Oviedo, el cual criticaba a los autores españoles, por lo mal que presentaban a los sacerdotes en sus obras.

Sin embargo, Clarín captó correctamente la personalidad de algunos sacerdotes, y junto al pecador Fermín de Pas, aparece la noble figura del señor Obispo Fortunato Camoirán, ejemplo de sencillez y bondad. Vive dedicado por completo a hacer el bien y, sin embargo sólo es querido por el pueblo y los humildes. Su falta de autoridad, de elegancia en vestir y actuar, su nula personalidad, le restan simpatía entre la alta sociedad vetustense, tan frívola y mundana.

Apunta Alas, veladamente, cómo los superficiales feligreses, sin darse cuenta, exigen que sus guías espirituales sean distinguidos, finos y elocuentes, pues no se conforman con la virtud y humildad sino que desean hombres de mejor apariencia física, y refinamiento intelectual.

(38) Ibidem. p. 278-I.

Resulta obvio insistir en el acierto que tuvo Clarín al estudiar hasta el fondo de sus almas los personajes de esta novela que, junto con el ambiente, o mejor dicho, por moverse en él, constituyen lo más importante de la obra.

La exageración con que están presentados los vicios salta a la vista; pero ya se dijo que conscientemente lo hizo Clarín para censurar con más énfasis todo aquello que estaba perjudicando al adelanto moral y material de España.

Esta crítica a los vetustenses causó gran indignación en Oviedo, pues no comprendieron la verdadera razón que movió a Clarín a hacerla.

REFLEJO DE LA PERSONALIDAD DE CLARIN, EN LA REGENTA

A través de la lectura de la Regenta vemos claramente retratada la personalidad de Clarín, así como sus principales gustos y aspiraciones; su espíritu crítico y moralizante, su deseo de perfeccionamiento intelectual y su afición a la música y la literatura.

En efecto, casi la totalidad de los personajes que aparecen en la novela presentan alguna de las fases características de nuestro autor: unos dedican parte de su tiempo a leer, otros prefieren escribir, algunos más gustan de aumentar sus conocimientos musicales, y casi todos acompañan sus diálogos con citas cultas, a menudo mal empleadas.

Muestran marcada afición a la lectura con fines culturales: don Saturno Bermúdez, Amadeo Bedoya, don Carlos Ozores y su hija Ana. Otros vetustenses sólo se interesan por libros escandalosos, como Alvaro Mesía, la marquesa de Vegallana y Poco su hijo; el Magistral don Fermín conocía tanto los clásicos como las novelas impías.

Además de leer, gustaban de escribir don Saturno, Ana Ozores y don Fermín, el cual a veces no terminaba sus novelas "...no por sentirse con pocas facultades, sino porque le hacía daño gastar imaginación..." Opinaba: "Las novelas era mejor vivirlas". (39)

—
(39). *Ibidem*, p. 172 II

Hasta en los sirvientes hay lectores: Petra la criada de Ana, es feliz leyendo folletines, y Pedro el cocinero saciaba su deseo de leer, en los cucuruchos de papel impreso que caían en sus manos.

La música también era gustada por los miembros de esa sociedad. Don Víctor combinaba sus conversaciones con cantos de sus arias favoritas. Ana, Visitación y Paco muestran también sus conocimientos musicales.

Pero, a pesar de lo anterior, el ambiente que domina en Vetusta es de incultura, mal gusto y falta de interés por los asuntos verdaderamente valiosos. Clarín comenta esto con una intención un poco despreciativa y burlesca: "... en Vetusta nadie pensaba; se vegetaba y nada más. Mucho de intrigas, mucho de politiquilla, mundo de intereses materiales mal entendidos, y nada de filosofía, nada de elevar el pensamiento a las regiones de lo ideal". (40)

Cuando el pueblo iba a escuchar los sermones del Magistral, no entendía nada, se aburría, salía con jaqueca y sin embargo exclamaba: "¡Qué hombre!, ¡Qué sabiduría!" (41)

Los pocos libros que se publicaban en Vetusta se ofrecían a la venta por algún tiempo, y como nadie los compraba, tenían después que regalarlos.

No había ningún novelista ni dramaturgo, sólo el poeta Trifón Cármenes, cuyos versos nadie leía, pues sólo les interesaban las intrigas y chismes que divulgaba el periódico local.

Lo más criticable en los vetustenses era que no reconocían su ignorancia; antes bien, hacían alarde de conocimientos universales. Así, al hablar, intercalaban frases en varios idiomas, con pésima pronunciación, hacían alusiones mitológicas que no venían al caso, y citaban autores y obras literarias que no conocían. Clarín exageró el número de personajes que caían en este vicio: Pepe Ronzal, el marqués de Vegallana, el doctor Somoza, el señor Paez, Alvaro Mesía, don Saturno, Víctor Quintanar, Amadeo Bedoya, don Frutos Redondo, don Fermín, Ana, la marquesa, etc.

--
(40). *Ibidem*, p. 124 II

(41). *Ibidem*, p. 292 I

Hasta en momentos angustiosos, la mente de don Víctor está ligada a temas operísticos: acaba de enterarse de la infidelidad de Ana su esposa, y al verla aparecer pálida, vestida de blanco caminando silenciosamente, en vez de reprochárselo, empieza a recordar el último acto de la Traviata.

Pero si los vetustenses aluden a temas cultos, no menos lo hace Clarín, que durante toda la narración no cesa de citar poetas, dramaturgos, historiadores, personajes místicos y bíblicos, músicos, obras clásicas, etc. Este abuso quizá se debe un poco al deseo de mostrar la erudición que ya tenía a los treinta y tres años, cuando terminó su obra cumbre.

Clarín también aprovechó esta novela, para burlarse del mal gusto que reinaba en Vetusta, tanto en el arreglo de sus casas como en la forma de comportarse tratando de imitar en todo a los madrileños, a quienes en el fondo evidiaban.

CONCLUSIONES

1.—LO EDUCATIVO EN SU OBRA.

Como consecuencia de la actividad magisterial de Clarín, en sus producciones se nota con frecuencia una marcada intención didáctica. Parece que en su obra siempre hablara el maestro, porque quizá sin darse cuenta y por su profesión, hay un persistente afán educativo, una intención moralizante, un deseo de transmitir su enorme cultura.

En ocasiones la acción de los personajes se ve interrumpida para dejar lugar al moralista, que aparece aconsejando una conducta. Otras veces surge el erudito con citas culturales: alusiones mitológicas, históricas o literarias, tras las que vemos reflejada la personalidad de Clarín.

2.—LA PROVINCIA ASFIXIA

Para Leopoldo Alas siempre fue sofocante el ambiente de Oviedo, y con frecuencia expresaba que la vida provinciana llena de prejuicios y escrúpulos tontos era insoportable, por estar basada en la hipocresía y falsa piedad.

Lo anterior le producía una sensación de asfixia, de rebeldía, que reflejó en mayor o en menor grado en sus obras, principalmente en *La Regenta*, en donde la provincia, en este caso *Vetusta*, llega a ser la causa de todos los males de algunos de sus personajes.

3.—CRISIS DE VALORES MORALES

A Clarín siempre le preocupó, hasta la indignación,

ver en España la carencia y hasta la confusión de valores morales; palpar el desinterés de su pueblo hacia las manifestaciones de la cultura; notar que su país tenía retraso intelectual, en relación a toda Europa.

Tradujo esta preocupación, en actividad positiva: en la cátedra, en sus artículos críticos, cuentos y novelas, ponía el dedo en la llaga y se dirigía a la juventud preferentemente, para despetar en ella el deseo de superación.

Siempre leal a sus ideales, con valor y energía señaló defectos y censuró vicios creándose enemigos en todos los ambientes de Oviedo: universitario, periodístico, social, etc. Con todo, siempre sostuvo sus firmes convicciones y se convirtió en el más ardiente defensor de los auténticos valores espirituales.

4.—EN BUSCA DE LA FE

Clarín a través de toda su vida buscó el consuelo que da la fe. En los primeros años de su juventud, con la sencillez de su espíritu juvenil conservaba invicta su fe; pero, más tarde, viajó a Madrid, en donde frecuentó ciertos círculos intelectuales, en los que trató a filósofos de diversas ideologías, quienes le iniciaron en el conocimiento de doctrinas materialistas; entonces aquella estabilidad espiritual fue minándose, y las dudas que nublaron su mente comenzaron a atormentar su corazón.

Sin embargo, nunca se resignó a sufrir los sentimientos de soledad y hasta de desamparo que un concepto materialista del mundo tenía lógicamente que producirle, y siempre buscando un alivio, por fin, en los últimos años de su vida, encontró de nuevo el camino de Dios.

5.—EL CRITICO CRITICADO

Clarín fue el crítico literario más notable de su tiempo; precisamente por serlo, él mismo resultó blanco de las críticas, las cuales se dividieron elogiándolo hasta el máximo

unas veces, y vilipendiándolo hasta la exageración en varias ocasiones.

Esta divergencia de apasionadas opiniones, es la prueba más palpable de su gran calidad de crítico, porque sólo un literato de gran valía es capaz de suscitar las exaltadas opiniones que sobre él se vertieron. Hoy, a distancia, y por lo tanto al margen de pasioncillas más-o menos ruines, con plena objetividad podemos juzgarlo ecuanímente y afirmar, sin miedo a equivocarnos, que a pesar de las discusiones pretéritas, fue el crítico no sólo más brillante sino el más completo de su época y, desde luego, el más discutido en la historia de la literatura española.

6.—TERNURA Y HUMORISMO

Sus cuentos se pueden clasificar en dos grupos: aquellos en que resplandece la ternura y las nobles ideas y los demás en que domina la intención humorística. Hago esta clasificación para facilitar su estudio, tal vez por la manía de catalogar; pero si bien es cierto que en una serie de cuentos domina la intención humorística, no por eso carecen del elemento ternura, y si en otros es notoria esta cualidad no dejamos de encontrar también humorismo.

Con lo anterior puedo concluir, que su personalidad era tan fuerte, que nunca dejaba de reflejarse en sus escritos y aunque su pretensión fuera hacer unos decididamente humorísticos y otros francamente tiernos, siempre se entremezclaban estas características.

7.—CAPACIDAD DE ANALISIS Y PODER DE SINTESIS

En *La Regenta* se puede admirar una relación maravillosa entre análisis y síntesis. En los primeros capítulos Clarín desmenuza, por decirlo así, a sus personajes, investiga sus conciencias, *analiza sus* caracteres, medita sobre la influencia que ejerce en ellos el medio que los rodea; en la se-

gunda parte, *sintetizando* lo anterior, presenta personajes perfectamente integrados, poseedores de una interesante personalidad y dotados de vida y libertad de acción.

El análisis de los vetustenses se logra por tres medios: en ocasiones el autor los presenta y analiza; otras veces son los mismos personajes los que hablan de sus propias características, y se da el caso de que se describen unos a otros.

A la ciudad de Vetusta —la protagonista— también la presenta, primero, analizada en todas sus partes, con sus defectos y bellezas, sus riquezas y miserias, y después sintetizando todos estos elementos nos la muestra animada de personalidad, influyendo en todos los habitantes, dándoles un sello único, formando a los inconfundibles vetustenses.

8.—RELIGION SI, FANATISMO NO

El afán moralizante de Clarín lo llevó a censurar duramente la hipocresía, la mojigatería, la falsa piedad cristiana.

Criticó los defectos *no de la religión* sino de algunos de sus representantes, cuyo comportamiento era indigno; se burló *no de la auténtica devoción* sino del fanatismo religioso.

Para él, cristianismo significaba amor, felicidad, sacrificio, superación; y con valentía inigualable señaló la corrupción existente en el clero de su época, y presentó retratos vivos de aquellos personajes que desprestigiaban a su religión, contrastando frente a ellos la figura sencilla, noble, pura del obispo Camoirán, como muestra del cristiano verdadero; sintetizando en él no sólo al sacerdote ejemplar sino al creyente sincero.

9.—EN LA REGENTA: TODO

Clarín logró hacer de *La Regenta* una obra de extraordinaria belleza y poseedora de gran contenido social, estético, psicológico, crítico y moral. Con esta novela alcanzó máxima altura en todos sus aspectos de literato, pues allí habla el novelista, el cuentista, el crítico... en fin, el escritor que en un momento dado y en una novela mezcla magistralmente todos

los géneros literarios que ha practicado. Y no sólo vierte todos los géneros literarios, sino que su experiencia humana y todas sus ideas morales y filosóficas también están presentes allí.

Por eso opino que *La Regenta* es su obra más importante y, desde luego, una de las novelas más valiosas en las letras españolas del siglo XIX.

BIBLIOGRAFIA

OBRAS DE LEOPOLDO ALAS

El doctor Sutilis. Cuentos. Editorial Renacimiento. Madrid, 1916.

El Señor y lo demás son cuentos. Espasa Calpe. Madrid, 1940.

Ensayos y revistas. Fernández Lasanta, Madrid, 1888.

Folletos literarios. Fernando Fe. Madrid, 1886.

Galdós. Renacimiento. Madrid, 1912.

La Regenta. Nuestros Clásicos. México, 1960.

Nueva campaña. Librería Fernando Fe. Madrid, 1887.

Obras selectas. Biblioteca Nueva. Madrid, 1947. Contiene las siguientes obras:

NOVELAS

La Regenta.

Su único hijo.

CUENTOS

¡Adiós, "Cordera"!

Avecilla.

Doble vía.

Doctor Sutilis.

El doctor Pértinax.

El Rana.

El sombrero del cura.

Las dos cajas.

La perfecta casada.

Pipá.

Un candidato.

Zurita.

Amor'e furbo.

Boroña.

De la Comisión.

Doctor Angelicus.

Doña Berta.

El hombre de los estrenos.

El Señor.

El viejo y la niña.

La mosca sabia.

Medalla...de perro chico.

Superchería.

Un repatriado.

CRITICA:

Bizantinismo.

Carta a un sobrino, disuadiéndolo de tomar la profesión de crítico.

Cavilaciones.

Colón y compañía.

Camus.

El buey suelto. (Pereda).

El cisne de Vilamorta (Emilia Pardo Bazán).

El nudo gordiano (Sellés).

El niño de la bola (Alarcón).

Fabié académico.

Justicia de enero.

La educación del rey.

La coleta nacional.

La familia de León Roch. (Pérez Galdós).

Las revoluciones. (canto).

La terre. (Zola)

Los grajómanos.

Madrileña.

Marianela (Pérez Galdós).

Mariano Cavia.

Mar sin orillas. (Echegaray).

Nubes de estío. (Pereda).

Numa Roumestan. (Alfonso Daudet).

Otro académico.

Palique del pelique.

Prólogo.

Ramos Carrión.

Realidad. (Pérez Galdós).

Revista literaria: la crítica y la poesía en España.

Sátura.

Sotileza. (Pereda).

Tamayo.

Un libro de Taboada.

Valera.

Vital Aza.

ENSAYOS LITERARIOS

Mis plagios.

Un viaje a Madrid.

Cánovas.

Páginas escogidas. Editorial Calleja, Madrid, 1887.

Palique. Librería de Victoriano Suárez, Madrid, 1893.

Pipá. Colección de cuentos. Fernando Fe, Madrid, 1886.

Rafael Calvo y el teatro español. Librería de Fernando Fe, Madrid, 1890.

Sermón perdido. Fernando Fe. Madrid, 1885.

Siglo pasado. López, Madrid, 1901.

Solos de Clarín. Editorial Alfredo de Carlos Hierro, Madrid, 1881.

OBRAS CONSULTADAS

- ALARCON, PEDRO ANTONIO. *El escándalo*. Colección austral, Buenos Aires, 1947.
- ALARCON, PEDRO ANTONIO. *El sombrero de tres picos*. Impresores de la Casa Real, Madrid, 1909.
- ALTAMIRA, RAFAEL. *Cosas del día*. (Crónicas de literatura y arte). Sempere y compañía, editores Valencia, 1905.
- BALLESTEROS BERETTA, ANTONIO. *Historia de España*. Salvat editores. Barcelona, 1936.
- BLANCO GARCIA FRANCISCO. *La literatura española en el siglo XIX*. Saenz de Jubera, Madrid, 1909.
- CABEZAS, JUAN ANTONIO. *Clarín el provinciano universal*. Espasa Calpe, Madrid, 1936.
- CASALDUERO, JOAQUIN. *Estudios de literatura española*. Editorial Gredos, Madrid, 1962.
- CASTAGNINO, RAUL. *El análisis literario*. Editorial Nova, Buenos Aires, 1940.
- CEJADOR Y FRAUCA, JULIO. *Historia de la lengua y literatura castellana*. Madrid, 1918.
- COLOMA, LUIS. *Pequeñeces*. El mensajero del Corazón de Jesús. Bilbao, 1898.
- COLOMA, LUIS. *Cuentos*. Ediciones Orbis, México, 1944.
- FITZMAURICE KELLY. *Historia de la literatura española*. Hasta 1900. Madrid.
- FLAUBERT, GUSTAVO. *Madame Bovary*, Calpe, Madrid, 1923.
- HURTADO, JUAN y PALENCIA, ANGEL. *Historia de la literatura española*. Saeta, Madrid, 1943.
- JARNES, BENJAMIN. *Enciclopedia de la literatura*. Editora Central. Tomo 1. México, 1940.
- LAIN ENTRALGO, PEDRO. *La generación del noventa y ocho*. Colección Austral, Argentina, 1947.

- LOPEZ MORILLAS, JUAN. *El Krausismo español*. Fondo de Cultura Económica, México.
- MARTINEZ RUIZ, JOSE. *Clásicos y modernos*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1939.
- MARTINEZ RUIZ, JOSE. *Los clásicos futuros*. Colección Austral, México, 1952.
- MARTINEZ RUIZ, JOSE. *El paisaje de España visto por los españoles*. Espasa Calpe, Argentina, 1955.
- MARTINEZ RUIZ, JOSE. *Valores literarios*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1959.
- MENENDEZ PELAYO, MARCELINO. *Historia de los heterodoxos españoles*. Biblioteca Emecé de Obras Universales.
- NORA, EUGENIO DE. *La novela española contemporánea*. Editorial Gredos, Madrid, 1958.
- PALACIO VALDES, ARMANDO. *La hermana San Sulpicio*. Espasa Calpe, Argentina, 1951.
- PEREDA, JOSE MARIA DE. *Sotileza*. Colección Austral. Argentina, 1948.
- PEREZ DE AYALA, RAMON. *Belarmino y Apolonio*. Editorial Calleja, Madrid, 1921.
- PEREZ GALDOS, BENITO. *Doña Perfecta*. Obras Completas. Aguilar, Madrid, 1942.
- PEREZ GALDOS, BENITO. *Gloria*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1942.
- PEREZ GALDOS, BENITO. *Lo Prohibido*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1947.
- PEREZ GALDOS, BENITO. *Marianela*. Colección Austral. Espasa Calpe. Argentina, 1951.
- PEREZ GALDOS, BENITO. *Nazarín*. Talleres Gráficos de la Nación, México, 1940.
- RIO, ANGEL DEL. *Historia de la literatura española*. Madrid, 1949
- ROMERA NAVARRO. *Literatura española*. Heath y compañía, Boston, 1950.
- ROCA FRANQUESA, J. M. y DIEZ ECHARRI, E. *Historia general de la literatura española e hispanoamericana*. Aguilar, Madrid, 1960.
- QUEIROZ, ECA DE. *El crimen del padre Amaro*. Editorial Maucci, Barcelona, 1945.

- QUEIROZ, ECA DE. *El primo Basilio*. Editorial Maucci, Barcelona, 1945.
- SALCEDO RUIZ, ANGEL. *Historia de la literatura española*. Editorial Calleja, Madrid, 1917.
- SANTULLANO, LUIS. *Leopoldo Alas, Clarín*. Cincuenta años después. No. 5, septiembre, octubre de 1951. Vol. LIX. Año X.
- TOLSTOY, LEON. *Ana Karénina*. Sopena, Barcelona, 1950.
- VALBUENA PRAT, ANGEL. *Historia de la literatura española*. Gustavo Gili, editor, Barcelona, 1937.
- VALERA, JUAN. *Pepita Jiménez*. Colección Crisol, Aguilar, Madrid, 1959.
- VALERA, JUAN. *Doña Luz*. Editorial Sopena, Argentina, 1939.
- ZOLA, EMILIO. *Germinal*. Biblioteca Mundial Sopena, Argentina, 1951.

REVISTAS Y PERIODICOS:

- El Imparcial*. Madrid, 1887 y 1888.
- La España Moderna*. Madrid, 1889 a 1907.
- La Ilustración Española*, 1891.
- Madrid, Cómic*. de 1880 a 1892.
- Revista Literaria*. Madrid. marzo de 1890.
- Revista Popular*. (Periódico Estudiantil de Oviedo, reproducido en los Anales de la Universidad de Oviedo.